

LA MUGER ZELOSA.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS EN PROSA:

TOMADA DEL FRANCES

DE MONSIEUR DESFORGÉS,

Y TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JULIAN DE VELASCO.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

DOÑA ANSELMA, *SEÑORA RITA LUNA.*

DON JUAN, su marido, *SEÑOR MANUEL GARCIA PARRA.*

EUGENIA, su hija, sumamente sencilla, *SEÑORA MARIA PINTO.*

CLEMENCIA, hija de Don Juan, de su primer matrimonio secreto, *SEÑORA TERESA MASEDAS.*

DON GUILLELMO, tutor y padrino de Doña Anselma, y amigo de Don Juan, *SEÑOR ANTONIO PINTO.*

DON NARCISO, sobrino de Don Guillelmo, *SEÑOR ANTONIO PONCE.*

GERVASIO, criado antiguo de Don Juan, *SEÑOR FRANCISCO BACA.*

JUSTINA, su hija, criada de Eugenia, *SEÑORA JOAQUINA ARTEAGA.*

JACINTO, criado de Don Juan, *SEÑOR JOSEF OROS.*

UN CALESERO, *SR. JOSEF GARCIA UGALDE.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon, en donde se halla, con otros muebles, una papelera con la llave puesta: hay tres puertas, una en el foro á la perspectiva de un jardin, y dos laterales; una perteneciente á la habitacion de Doña Anselma á la derecha, y la otra á la izquierda á la de su marido Don Juan. La iluminacion ha de figurar el rayar del dia.

SCENA PRIMERA.

Doña Anselma sola, sentada al lado de la papelera.

Ans. Muy tarde ha venido... ciertamente aquí hay algo... nuevos enredos... sin embargo duerme... ¡y yo, víctima del amor y del himenéo, lloro y gimo noche dia.

Se levanta.

Quien vea esta papelera abierta como está, presumirá ya descubierto el corazon de mi esposo. ¡Ah! que este mismo abandono aumenta mis desconfianzas, porque seguramente no es mas

que un falso testigo de su fingida inocencia, un refinamiento, una extratagema mas... Mirémos.

Abre la papelera, y saca los cajones.

Si mis esfuerzos, tantas veces vanos, consiguiesen su fin: ¡mas qué digo! ¡desdichada de mí! zelosa con tanta causa como dolor, en vano buscas los secretos de tu ingrato: porque los maridos delinqüentes son amantes discretos, gobernados por el mismo arte que trama nuestras desgracias, sin que sus tenebrosos delitos nos dexen el menor vestigio para descubrirlos... Cerrémos, pues... ¿Mas qué es esto? ¡qué turbacion! ¡en vano me resisto contra mis desgracias!... Quiero verlo todo... ¡Cielos! ¡qué miro!... Al esfuerzo de mi mano se abre este secreto.

Con reflexîon.

¡Otra pérfida invencion! No hay nada... pero continuémos... aquí hay... sí: no hay duda; una caxa de oro, la qual esconde algun misterio, y tendrá su secreto como la papelera... ¡horroroso secreto!... pronto le sabré...

Reconoce la caxa.

SCENA II.

Doña Anselma, Justina y Gervasio.

Conturbada.

Just. ¡Ay, señora! perdone vm.

Con enfado.

Ans. ¿Qué quieres?

Just. Acompañaba á mi padre, que ha venido á verme... voy...

Ans. No te vayas... y cuidado con que otra vez venga nadie á ver lo que yo hago, ni á entrar sin que yo llame.

Con el mismo tono.

Si me vienen á buscar, se dice que no recibo á nadie.

Se entra en su habitacion.

SCENA III.

Gervasio y Justina.

Just. Ya lo vé vm.: la señora sospecha que yo la observo, quando ella está continuamente de dia y de noche mirándolo y observándolo to-

do: al fin creo que saldré de casa.

Gerv. ¿Cómo es eso?

Just. Solo á vm. descubriré mi pecho... pues sepa vm., que hasta mí alcanzan ya sus sospechas. Hace tres meses que vine del Convento con la señorita, y desde entónces... ¡cada paso es un peligro! malas razones, insultos, y un mal trato contínuo, de modo, que ya me hubiera despedido, á no ser por el amor que tengo á mi querida Eugenia, y por las bondades que debo á su honrado padre.

Gerv. No aguántes ninguna afrenta; vente mas bien conmigo.

SCENA IV.

Los dichos y Jacinto.

Con familiaridad á Justina.

Jac. Buen encuentro... Buenos dias, hermosa Justina.

Just. ¡Qué encuentro!

Tocando el hombro de Gervasio.

Jac. Tu padre...

Gerv. ¿Vienes de mi casa?

Jac. Sí.

Gerv. ¿A qué?

Jac. Ya se lo dirá á vm. el señor Don Juan. Ayer vino á casa muy tarde, y dixo: irás á casa de Don Guillelmo... ¿El severo tutor? dixe yo... ¡Bueno! voy al instante.... No: mañana me repitió; y de allí á casa de Gervasio, porque quiero verlos muy temprano... Bien: no viven léjos uno de otro, dixe yo: echo á correr á casa del amigo, despues he pasado á la de vm.: no habia nadie, y era de presumir, pues estaba vm. aquí.

A Justina.

Gerv. ¿No adivinas lo que me me quiere tu amo?

Just. No por cierto.

Jac. ¡Tú te burlas! pues si quisieras, bien podrias adivinarlo: pero yo como soy bruxo, adivino que quiere casarte.

Just. ¿Con quién?

Sonriéndose.

Jac. Adivínalo tú primero.

Sonriéndose.

Just. Yo no soy bruxa.

Jac. Pues ya lo acabas de decir, y no te engañas.

Gerv. ¿Cómo es eso?

Jac. Escucha... He imaginado que viendo tú un muchacho alegre y festivo, jóven, bien plantado, franco, leal, en fin, un buen muchacho... ¿no dirías para tí... vé aquí el que yo necesito para marido? Pues yo he dicho para mí; ese muchacho soy yo... tú no puedes decir á voces, le amo, deseo casarme con él... y por consiguiente se lo he dicho al señor Don Juan... Este con muy buen semblante me dice: ¿la amas? sí, señor... ¿y ella te ama? sí, señor... ¿No he hecho bien, Justina amada?... ¿Y Gervasio? me preguntó Don Juan... ¡Quién! dixe yo: ¿su padre? estoy muy seguro de él... Pues que venga mañana... mañana es hoy... Pero chito, que aquí viene...

Hablando con Gervasio.

Verá vm. cómo va á explicarse de manera, que ántes de poco tiempo tendrá vm. este yerno.

SCENA V.

Los dichos y Don Juan: éste pensativo con una carta en la mano.

Sin verlos.

Juan. Esta carta... despedaza mi corazon... ¡Cielos! cómo es posible que despues de diez y ocho años... *Los mira.* Te estaba esperando, Gervasio.

Jac. Ya se puede presumir para qué.

Gerv. Señor, ¿qué manda vm.?

A Don Juan, señalando á Justina.

Jac. Ya sabe vm., que le he confesado....

Juan. Bueno es eso.

Jac. Bien puede vm. hablar, que todos estamos conformes.

Juan. Ya lo pensaré.

Jac. ¿En sus asuntos? Es muy bien hecho.

Juan. ¿Jacinto?

Jac. Señor.

Juan. ¿Y Don Guillelmo?

Jac. ¡Vaya, vaya! ¿pues qué soy yo algun necio?

Juan. Acaba.

Con ayre familiar.

Jac. Ahora vendrá con su sobrino.

Juan. ¡Su sobrino! ¿y para qué?

Lo mismo.

Jac. Pero señor, ¿y mi boda?

Juan. Jacinto: lo que á tí te toca, es obedecer lo que te se mande; pues si obras por tí, harás mil desatinos.

Con confianza.

Jac. ¿Quién, yo? no, señor.

Juan. Bueno... vé pronto á la puerta de Toledo: y luego que llegue un coche de Ciudad Real vuelve corriendo á decírmelo, advirtiendo que no pase adelante.

Jac. Voy al punto. *Se va, y vuelve.*

A Don Juan.

Jacinto se encomienda á la bondad de vm.

A Justina.

Por Dios, Justina, que á tí te importa mas que á nadie. *Vase.*

Juan. Este Jacinto es muy singular: en todo se mete; tiene mil llanezas; mas tambien tiene zelo é inteligencia, y es menester perdonarle algun defecto.

A Justina.

Justina: ¿vendrá mi hija aquí hoy por la mañana?

Just. Ya sabe vm. que su primera obligacion, y su mayor gusto es...

Aparte.

Parece que estorbo; dexémoslos solos.

Señor, voy por ella al punto...

SCENA VI.

Don Juan y Gervasio.

En voz baxa.

Juan. Ahora bien, amigo Gervasio, necesito que me prestes tu casa.

Gerv. Ya sabe vm. que es suya.

Juan. No, amigo, que es tuya, y quiero que despues de tí, la disfrute tu hija en dote.

Gerv. ¡Ay señor! ¿quiere vm. que aun le deba mas, despues de tantos beneficios como me ha hecho?

Juan. ¡Ay Gervasio mio! Mal te pago, pues mas te debo todavía. En tu seno pasé mi niñez; ahora eres anciano, y es muy justo que llegue la

mia, y recompense tus solícitos cuidados.

Con viveza y en voz baxa.

En una palabra, Gervasio... yo espero de Ciudad Real una niña, que tiemblo se sepa en Madrid quién es. No puedo admitirla en mi casa sin mucho riesgo, y á nadie puedo fiarla como á tí. ¡No hay con que comparar el interés que en ello tengo! contempla que es inseparable de mi memoria, y sobre todo digna de la mayor atencion.

Gerv. Viniendo por medio de vm., nada puede serme sospechoso; obedeceré ciegamente: ¿pero debo yo irla á buscar?

Juan No: eso corre de mi cuenta.

En ademan de irse.

Gerv. Muy bien; pues espero.

Juan. Oye... Quisiera adornar tu habitacion con sencillez y limpieza. Se ofrecerán algunos gastos:

Le da un bolsillo.

Creo que hoy llegará; despacha, arregla tu habitacion lo mejor que puedas.

Vase Gervasio.

SCENA VII.

Don Juan un momento solo, y despues Eugenia y Justina.

Juan. ¿Si habrá llegado el fatal momento? ¿Pero cómo he podido yo privarme del mas dulce placer por diez y ocho años enteros? Un solo dia... Preciso es que yo me sacrifique: aunque no me cojerá de nuevo.

Sale Eugenia y Justina.

He aquí lo que me consuela. Mi único alivio, el bálsamo que sana mis heridas; ven á tu padre, ven, hija querida.

Eug. No voy, que corro: abrace vm., padre mio, á su pobre Eugenia, tan llena de pesadumbres...

Juan. Quién, ¿tú? ¿hija mia?

Eug. Sí, señor, yo... y á nadie puedo confiarme si no á vm., porque es vm. tan bueno, tan indulgente, tan humano. Miéntras que si oigo á Justina, ó á mi madre, todo es decirme, el amor es una quimera, un error funesto: el corazon debe en tu edad ignorar su imperio. Pero, ¿quién tiene mas edad, mi corazon, ó yo? mas sea yo,

ó sea mi corazon, lo que sé muy bien es que estoy apasionada.

Con admiracion.

Juan. ¿De quién?

Eug. De Don Narciso, padre mio; de aquel que iba con freqüencia en compañía de vm. y la de su tio, á verme al convento.

Juan. ¿Son esas tus pesadumbres?

Con afecto natural y sencillo.

Eug. No, señor, sino la oposicion de Justina, á quien con todo eso perdono de corazon. En una palabra, hace un año que quiero á Don Narciso... pues bien, ¿lo creerá vm.? hasta ayer no se lo he confesado.

Juan. ¿A él?

Eug. ¿Pues á quién? Si alguno debia saber este secreto primero que nadie, me parece que no podía ser otro: ¿no digo bien?

Just. Muy mal hecho.

Eug. Eso ya me lo has dicho, y por mi amistad nada te he respondido; ¿pero querías que por fuerza faltase á la verdad, y fuese tan cruel? Si tuvieses alguna buena nueva en tu interior, ¿tan duro sería tu corazon, que la callarías á quien ella pudiera hacer dichoso? Pues bien, lo mismo

es: él dice que mi ternura es el único tesoro que le interesa en este mundo: feliz, ó desgraciada, su suerte depende de mí: mi corazon no es malo. El me dice sencillamente: ¿me amas?... te amo: pues bien; estas dos solas palabras lo han puesto fuera de sí; y quando yo he visto en sus miradas tan amoroso fuego, me parece he sido culpable en no haber hablado ántes.

Juan. Vaya... Haces bien en amar al que será tu esposo.

Eug. Pues bien... No riñas mas, mi Justinita; ¿no? Yo amo; y miro mi pasion, como una dicha que tú no tienes; pero que la tendrás si es tu voluntad: mira, Justina, creeme, el amor... es mucho... vamos...

Juan. ¡Qué sentimientos tan naturales! Esa ingenuidad es la mejor prueba de un alma pura.

A Justina señalando á Eugenia.

¡Qué no debo esperar de ella, conservando siempre su apreciable candor?

Eug. ¡Ay padre mio! permita vm. en sus brazos á su mas tierna y buena hija; y abrace vm. tambien á Justina.

Abraza á su hija.

Juan. Con mucho gusto, hija adorada.

Pone la mano sobre el hombro de Justina, y la dice.

No temas que sean peligrosos los afectos de mi Eugenia; pero con nada te pagaré yo el especial cuidado que te debe...

SCENA VIII.

Los dichos y Doña Anselma.

Cogiéndolos en el acto dicho.

Ans. ¡Cielos! ¡qué infamia!...

Juan. ¡Gran Dios!

Just. Soy perdida.

Ans. ¿Parece que nadie hace alto?...

Just. Señora...

A Justina.

Ans. Sal de aquí.

Juan. Mira, escucha.

Ans. Nada escucho.

Eug. Madre de mi corazon, mire vm...

Ans. Calla... Bien esperaba yo esta injuria... No, no es de-hoy solo...

Juan. Esposa, sosiégate.

Con desden y enojo.

Ans. ¡Qué prudencia! ¡qué tono tan manso! ¡qué ayre tan modesto! ¡qué ojos tan humildes!

Levantando la voz.

¡Ah! ¡falsos exteriores, máscaras de hipocresía y de impostura!

Just. Señora, permita vm...

Juan. ¡Qué zelos tan horrorosos, buen Dios!

El mismo tono mirando á Justina.

Ans. Yo buscaba una red... y la tenía en casa.

Just. Despídame vm., señora, y no ofenda mi honor.

Ans. Tu audacia á nadie insulta mas que á mí. ¡Retírate monstruo!

SCENA IX.

Los dichos y Don Gillelmo.

Guill. ¡Qué! ¿qué tumulto es éste?

Juan. Que ha de ser... Si tú no nos lo dices, no lo sabémos.

Guill. ¡Qué diablo! ¿nunca ha de haber paz en esta casa?... Que me confundan si á ella vuelvo mas.

Ans. ¡Oxalá!

Con naturalidad.

Eug. Se maltrata á Justina, porque padre y yo la querémos mucho.

Ans. ¡Quántos dias hace que yo debia haberla puesto en la calle!

Just. Bien pudiera vm. haberme ahorrado esta sospecha, señora;

Llorando.

y respetar mi honor, como yo respeto el suyo... A Dios, señora...

Deteniendo á Justina.

Juan. No, no, no te irás de casa.

Ans. Si en eso crees, malvado, perder tan bella alhaja, yo soy la que me iré.

Guill. A fé mia que en su lugar yo dixera, con mucho gusto... vete.

Ans. ¿Y sois su amigo, Don Guillelmo?...

Con viveza.

Yo diría á mi esposo, que en su vida tuvo enemigo mas atroz.

Guill. Sí, tienes razon; convengo en ello: fuí su enemigo quando fuí autor de tu boda. Yo era tu tutor, conocí lo que te amaba, y creí hacerle dichoso contigo. Os miré como á hijos. Espera-

ba de ambos otra correspondencia á mis desvelos: me engañé: ¡cómo ha de ser! pero él es hombre, y espero que harto de tanto sufrimiento, te hará conocer su poder y sus derechos.

Ans. ¡Su poder y sus derechos! ¡horroroso despotismo! ¿Tendrá el espantoso poder y el derecho horrendo de abrigar á mi vista, y en el seno de mi casa un escándalo como éste?

Juan. Escucha, esposa... ¿Has perdido el juicio?

Ans. No lo perdería, si tú lo tuvieses. Pronto: una ú otra salimos hoy de casa...

Señalando á Justina.

Escoge.

Just. ¡Señora! ¿Despues de tanta afrenta, cree vm. que tardaré yo mucho? Me voy llena de agradecimiento á esta casa; pero con mi preciosa inocencia.

Ans. En buen hora... pero cuidado con que tu odiosa presencia vuelva á ofender mas aquí mi corazon ni mis ojos.

Vase y vuelve de pronto, y le dice á Don Juan en voz baxa.

Todavía me falta descubrir otro negro secreto... Tiembla.... Dentro de una hora te lo diré.... A Dios, traidor. *Vase.*

SCENA X.

Los mismos.

Guill. Ea, alentado amigo: ya te he indicado tu obligacion... Con que va á salir Justina... ¿he?

Eug. No por Dios, no habrá valor...,

Just. ¿Lo tendré yo para aguantar tanto ultrage? No habrá muger á quien jamas se haya tratado con mas ignominia.

Juan. Justina, verdad es que mi esposa...

Guill. Sí, verdad es que tu esposa es un lucifer, una cabeza de hierro, un corazon impio... ¡Pobre esposo! No seas gurrumino; déxate ya de sandeces: sé hombre: ¡pero qué! Si como un niño tímido te pones á pedir perdon de lo que no haces, y á decir... quiero la paz... ¡Votová! Haz la guerra una vez, y la paz vendrá: sí: la paz vendrá desde hoy mismo... Un marido quando quiere, es amo de su casa.

Just. A Dios, mi bien hechor, á Dios mi Eugenia, no me despidan vms. de sus corazones.

Juan. Ni tampoco de mi casa... Ven: segura estás, estoy resuelto...

Guill. ¡Bueno! Me gusta esa firmeza; pero que la

sepas sostener es necesario.

Just. No por cierto: no quiero encender mas infierno. Mi virtud no está en la sinrazon de mi ama; pero su tranquilidad depende de que yo me vaya... A Dios, señor.

Llorando.

Eug. No te vas, no.

Llorando.

Just. Es preciso, mi querida Eugenia.

Con viveza.

Eug. Pues bien, espera; que yo quiero llevarte á tu padre, y todos los dias iré á verte, si el mio lo permite.

Juan. No solo te lo permito, sino que te lo mando.

Vanse las dos.

SCENA XI.

Don Juan y Don Guillelmo.

Juan. ¡Qué hija tan amable! ¡qué encanto!

Guill. Mas feliz será su esposo que su padre.

Juan. Mucho me alegraré.

Guill. Pero hombre, ¿cómo sufres estos furores?

Juan. Mira, amigo: mi muger es muy virtuosa: con todos sus defectos la estimo, la amo: ¡ah! la

adoro, aunque sea conmigo mas injusta y mas zelosa: su mal viene de que me ama; y de buena fé, yo no puedo castigarla; y mas bien me echo á mí la culpa.

Guill. ¿Te parece bueno un amor con tanto exceso?

Juan. ¿Qué malo ha de ser el amor que uno mismo aníma? Pero ella tiene talento, y con el tiempo podrá la razon destruir el áspid de sus zelos; además de que convencida con mi buena conducta y exemplo, sabrá dar verdadera estimacion á quien tanto la ama.

Guill. ¡Ah! que esa esperanza, pobre Don Juan, es la que fomenta la tiranía de tu esposa diez y seis años hace: ¿No te cansas de tan vil esclavitud? ¡Siempre solo, encerrado, viviendo como un salvage! ¡renunciando un privilegio exclusivo del hombre, en que cifra su dignidad! ¿No eres digno de lástima? por lo ménos tanta debilidad, es una cosa vergonzosa que provoca la risa de todos. Siempre con ella al lado, y no hay ninguno que os observe, que no moteje que hasta en tus miradas exerce ella su tiránico poder. Si encuentras qualquier muger, que te mire por acaso, ¡á Dios! ya sus ojos parecen

basiliscos, y anuncian la borrasca que te prepara: y despues para alimentar la rabia del tigre que despedaza tu corazon recto y leal, te condenas callando... La necia te quita el descanso, la dicha; te quita tambien el estimable sello del honor, la preciosa franqueza... en una palabra, amigo, todos abominan de tu muger, huyen de tí... y yo soy el único amigo que te queda.

Juan. Si lo eres, sé conmigo mas generoso: no me hagas sentir mas mi desgracia, sobre todo en este dia de tribulacion, en que mi alma está tan oprimida.

Guill. ¿Hay mas todavía?

Juan. Sí, amigo; yo me echo en tus brazos; tú solo puedes sacarme del lance mas terrible.

Abrazándole con dolòr.

Guill. Pronto me tienes: ¿qué hay?

Juan. Lee primero esa carta.

Lee.

Guill. Ciudad Real. "Muy señor mio: La huer»fanita que tanto interesa á vm. desde que na»ció, acaba de perder la persona á quien habia »vm. fiado su educacion. Encargado por mi mi»nisterio de recoger las últimas disposiciones de

»los que fallecen, la moribunda me ha entrega-
»do una carta en que vm. la dice que le envie á
»Clemencia, quando se pusiera peor de su en-
»fermedad. En conseqüencia he aconsejado á la
»huérfana, que vaya á buscar á su protector á
»Madrid. Llegará pasado mañana: no tenga vm.
»cuidado, pues va con un hombre de bien."
Firmada: Don Patricio, Notario público.

Representa.

¿Qué enigma es éste?

Juan. Amigo; ¿me ofreces guardar secreto?

Guill. A esa pregunta jamas respondo.

Juan. Perdona.

Guill. Prosigue.

Juan. Sabrás que ántes de mi actual matrimonio, yo amaba una adorable jóven contra el gusto de los mios. Su ternura me obligó á casarme con ella de secreto: de este dulce lazo nació una niña... ¡Mas qué digo!... al nacer perdió á su madre. *Se enternece.*

Esta niña, Clemencia, mi hija, que por temor y otros justos motivos la he tenido ausente diez y ocho años, privándome de su amable vista, es la que hoy espero.

Guill. ¡Y bien!

Juan. No puedo, sin peligro de ambos, irla á buscar yo mismo.

Guill. ¡Y bien!

Juan. Todo me extremece; y mas si la pobre Clemencia se viene á casa.

Guill. ¡Y bien!

Con impaciencia.

Juan. ¡Y bien! ¡y bien! ¿Me quieres servir, ó no?

Guill. ¿Querrás que te sirva engañando á tu zelosa muger, y adulando un vicio, que tan justamente han aumentado diez y seis años de paciencia; vicio que no hubiera ella tenido, si tú hubieras seguido mis consejos? ¿Quieres lograr la paz que no hallas? Creeme; vamos á buscar á tu hija, traigámosla aquí, y dí con entereza: La que léjos de mí ha vivido desterrada injustamente, vuelve á su padre para siempre: es mi hija.

Juan. ¡Cielos! ¡qué tempestad habria! ¿Y es esa la paz que quieres? Tu pupila jamas hubiera sido mi esposa, si por temer sus zelos, no hubiera jurado ocultarla siempre la historia y el fruto de mis primeros amores.

Guill. ¡Pues! ella hubiera querido que desde que tú naciste la amases ántes de que la vieses, y

aun ántes de que ella misma naciese: ¿no es eso?

Juan. No me aburras: pero lo cierto es que para vencer sus rigores, era preciso que creyese haber sido la primera que poseyó mi corazon. El amor y la razon me mandaban callar. Y si he podido aguantar diez y seis años, con la esperanza de un sosiego que busco, ¿iré ahora en un abrir y cerrar de ojos á alejarlo para siempre? Además; ¿quál hubiera sido en mi casa la suerte de esta infeliz? Todos los dias estaríamos ella y yo oprimidos de reprehensiones, de injurias, de afrentas... bien lo habia predicho su desgraciada madre. ¡Ah Juan! (me dixo al espirar) "Júrame, que si vuelves á casarte, ignore tu esposa el fruto de nuestro justo amor: no le hagas víctima inocente de una madrastra." Así se lo juré, y sin delito no puedo ser perjuro, á ménos que uno de esos golpes que no pueden precaverse, hagan que la necesidad me obligue. Por otra parte, que venga Clemencia; y apostemos á que al instante se la destierra de casa.

Guill. ¡Pues!

Juan. Yo la doy asilo en la de Gervasio... y oxalá estuviera en un lugar mas oculto, para asegurar mas el gusto de verla.

Guill. ¿Y despues qué harás de ella?

Juan. Me esmeraré en proporcionarla un esposo digno. ¿No pienso con prudencia, amigo?

Guill. Sí: conforme al juramento que hiciste, y sobre todo al predominio de tu actual esposa, es preciso que quites á tu hija de tu vista. ¿Cómo dices qué se llama?

Juan. Clemencia.

Guill. ¿Es bonita?

Juan. Con un solo rasgo que tenga de su madre, ha de ser preciosa.

Va á la papelera, encuentra el secreto abierto, y no halla la caxa.

Aquí tengo el retrato de aquella amable madre, en una caxa de oro. ¡Ay cielos! ¡mi papelera! ¡la caxa ha volado!... Este era el misterio.

Guill. Veamos la caxa.

Juan. No la encuentro... ¿Si la habré puesto en otra parte? Pero dexémos esto: el tiempo estrecha; Clemencia va á preguntar las señas de mi casa. Dí tú que eres yo, si quieres: y llévala á la de Gervasio: aquí espero.

Guill. ¡Pobre marido!...

Encogiéndose de hombros.

Vamos allá. *Vase.*

Juan. Ella ha abierto mi papelera, sin duda. La fortuna es que nadie mas que yo sabe el secreto de la caxa; y el fatal retrato, hace años que no tiene original... Don Guillelmo tiene razon. Si yo quiero acabar tan largos tormentos, es menester firmeza... Pues duro: dexémos esta paz que siempre busqué, y que no encontré nunca: sí, sí, ménos debilidad... Pero pensémos ante todas cosas en mi pobre Clemencia.

Con ternura.

Si en su triste retiro no he podido verla aun, ¿quánto mas debo yo preservar aquí á esta preciosa joya de los funestos zelos? ¡Desgraciado esposo! ¡qué sea yo, Dios mio, á lo ménos feliz padre! Don Guillelmo y Jacinto van á avisarme al instante, y es preciso estar pronto á la menor seña.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

SCENA PRIMERA.

Eugenia y Don Narciso.

Eug. Por desgracia no está en casa Gervasio; y yo hubiera querido verle, y decirle por qué sale su hija de aquí.

Narc. Ella se lo dirá.

Eug. Es una pesadumbre para este buen hombre: y en parte yo tengo la culpa.... ¿Pero quién querrá creer, que por un nada se ofenda así mi madre? ¡No, señor!... mas vale tomar una resolucion.

Narc. ¿La puedo yo saber?

Eug. Sí; la de no casarme nunca.

Narc. ¡Cielos!

Eug. Mira, amigo, que mi madre se enagena de manera, que me hace temblar: ¿pero de qué nacen sus furores?

Narc. ¡Ay! de que ama; de que es zelosa.

Eug. ¿Y si yo fuese lo mismo? á la verdad que la

suerte de mi padre es bien digna de lástima; y tal vez...

Narc. ¿Cómo es eso?

Eug. Piénsalo bien... al fin soy su hija: ¡y quién sabe! He oído que los zelos suelen heredarse; y como yo te quiero tanto, sentiría atormentar...

Narc. Harías muy mal en atormentarme.

Eug. Sin duda... y mi madre merecería que su esposo la aborreciera. ¡Jesus! Tres meses hace que vine del convento, y no he visto en él mas que ternura y amor; sin embargo...

Narc. Tambien tu madre es infeliz.

Eug. Mas en abono de lo que digo... Es muy peligroso casarse siendo zelosa; pues tanto padece una como el esposo. Hagamos una cosa, amigo mio... sí: tomémos una resolucion prudente: estimémonos siempre; pero...

Narc. Sin casarnos: ¿no es eso? ¿Crees, bella Eugenia, que nuestros corazones no echarían ménos?...

Eug. ¿Pues qué echarían ménos?

Narc. Una dicha aun mas preciosa.

Con viveza y con naturalidad.

Eug. ¿Qué dicha es esa que yo ignoro, y que tú conoces?

Narc. Ambos la tendríamos, si yo fuera tu esposo: esa dicha, cuya sola esperanza me inflama, es la de no tener ambos mas que una alma y un corazon; la de hacer comunes nuestros gustos y pesares; de ser uno el apoyo y el consuelo del otro; la de confundir mi exîstencia con la tuya sin poder separarnos nunca.

Sale Don Juan al paño.

Sin ver á su padre, y muy conmovida.

Eug. ¡Ay Dios! ¿con que esa dicha es tan grande? ¿Y dónde está esa dicha?

Narc. En el matrimonio: lazo solemne y tierno, que haría mas dichosos en el mundo de los que hace, si ellos supieran lo que se hacen...

Eug. En este lazo tan solemne, tan dulce, tan lleno de delicias, es muy comun que no sepan lo que se hacen: aquí por exemplo...

Narc. Aquí... ¡Bella Eugenia!

Aparte.

No sé qué decirla.

Eug. Sí por cierto, aquí.

Narc. Poco hace que la paz está de aquí desterrada... pero en fin, eso no durará siempre.

SCENA II.

Los dichos y Don Juan.

A Don Narciso.

Juan. Tienes razon.

Narc. ¡Ah señor! venga vm. en mi socorro: estoy para perder la que amo.

Juan. ¿Y quién te la hace perder?

Narc. Eugenia, señor; la misma.

Juan. ¿Cómo es eso?

Eug. Es, que yo tengo miedo de ser zelosa, y de hacerle algun dia tan desgraciado como vm...

Aparte.

Juan. ¡O peligroso exemplo!

En voz alta.

¿Y quién te ha dicho, hija querida, que yo soy desgraciado?

Eug. Padre mio, yo tengo ojos, y desde tres meses que estoy aquí, no sé si diga que echo ménos mi convento: y, si no, esta mañana, con Justina...

Juan. Tu edad, hija mia, no tiene todavía el discernimiento necesario para decidir de esa ma-

nera... ¿Crees mi suerte rigurosa por tres meses de experiencia? Pero si diez y seis años fuí feliz; si esta dicha la debo á tu amable madre; si la debo tambien la de ser tu tierno padre: mete la mano en tu pecho, consulta tu razon, y dime de buena fé, ¿si puedo yo comparar diez y seis años de serenidad, con un dia de borrasca? Tal vez en este instante tengo necesidad de aliento, para sacarla de una equivocacion que perturba su tranquilidad; pero á pesar de sus sospechas, ella, y no yo, es digna de lástima. Así, da tu mano á Narciso, y no alargues la dicha de ambos, por el temor de un por venir dudoso. Si tú ves algun mal, évitelo tu razon: un mal exemplo jamas debe imitarse; pero sea qual fuere tu suerte, uno de los bienes mayores es unirse al esposo amado.

Muy acalorado abrazando á Don Juan.

Narc. No contento con ser el mejor de los esposos, es vm. tambien el mejor de los padres.

A Eugenia.

El matrimonio me promete felicidades; preciso he de ser dichoso baxo su suave yugo: sin embargo, hermosa Eugenia, acumula sobre mí todos los males que puede hacer una muger zelo-

sa... Sí; hazme morir; pero logre yo tu mano.

Eug. ¿Lo quieren vms. así? Pues yo sin mentir, un no sé qué, me dice aquí dentro, que yo tambien quiero: mas escucha... Si la pobre Eugenia da en la manía de ser zelosa, y te hace aborrecible ese apreciable nombre de esposo, á lo ménos no me eches la culpa: acúsate á tí mismo.

Narc. Jamas será peligrosa nuestra union: ¿pero podré lisonjearme de labrar tu felicidad, y de merecer un corazon tan sensible y puro?...

Juan. Sí, Narciso: tú lo mereces, y tú la harás feliz, mas que yo á la mia.

Con asombro.

Narc. ¿Pues cómo?

Juan. Amigo mio, ya sabes su manía, y temo mucho... pero, chito.

Doña Anselma llega preocupada con la caxa que trae en la mano. Don Juan se retira con Eugenia, y Don Narciso al fondo del teatro; y se acerca poco á poco á su muger, despues de haber hecho seña á Eugenia y á Don Narciso de que no se acerquen sino con oportunidad.

SCENA III.

Los dichos aparte, y Doña Anselma sale.

Ans. Esta caxa esconde un retrato, dicen todos los plateros; pero ninguno sabe abrir el secreto. Mil veces la hubiera hecho pedazos en mi impaciencia... Pero el retrato...

Con cachaza.

Juan. Muger; ¿no ves que los plateros no tienen mi ciencia?

Sorprehendida.

Ans. ¡Ay cielos!

Juan. ¿Y que yo solo te la puedo enseñar?

Ans. ¿Quién? ¡tú!

Aparte.

Juan. Vaya: no parece que está furiosa... Lo cierto es que no pudo callar, y que debo decirte has hecho muy mal de abrir mi papelera, dando lugar á que se sospeche de la fidelidad de un criado.

Ans. Pronto hubiera yo quitado la sospecha: pero si temes que acaso se descubran arcanos importantes, impide tú mismo que se abra.

Juan. Yo creí, con algun fundamento, que de-

bia vivir seguro en mi propia casa; y si á cada paso he de vivir con desconfianzas, mas quiero morirme, muger.

Ans. Toda esa filosofia, esa cachaza, y esa mansedumbre no me engañarán, no.

Juan. Peor para tí.

Con entereza.

Ans. Vamos, dime: ¿qué secreto es este?

Juan. Trae aquí.

Con amarga sonrisa.

Ans. Dime: ¿permite la prudencia que yo te la dé?

En ademan de irse.

Juan. Nada quiero.

Deteniéndole.

Ans. El secreto... pronto.

Juan. Espera, muger: la prudencia manda...

Con vehemencia.

Ans. Escucha...

Aparte.

¡Qué expresion! ¡jamas tuvo tanto aliento!

En voz alta.

Ven, esposo, toma la caxa: á ver quál de los dos es ahora mas atento. *Se la da.*

Juan. Siempre ha sobresalido tu bondad á la

mia; pero para abrir la caxa, es menester que me la des.

Con agradable ironía.

Ans. Creo, que no tendré que arrepentirme de mi confianza.

En el mismo tono.

Juan. Pero, muger, conoce que yo con razon podré recoger lo que se me ha quitado.

Ans. ¡Cómo! ¿qué es eso? Ya conozco tus proyectos.

Con mucha cachaza é ironía.

Juan. Ten la bondad de oir á tu marido: ¿no sabes que como único propietario del secreto, no lo descubriré sino con mucha dulzura y sosiego? Pero ántes de todo pido una gracia.

Hace seña á Eugenia y á Don Narciso que salgan.

Da licencia á Eugenia para que dé su mano á Don Narciso, y al instante vas á saber lo que encierra la caxa.

Ans. ¡Diestra red!... Si no puedes disimular la falsedad de ese corazon... Encúbreme para siempre ese misterio... ya no quiero saberlo.

Narc. Señora, suplico á vm...

Eug. ¡Madre mia!

Con enojo.

Ans. ¡Calla pérfida!... No, no será tu mano el precio de una traicion.

Juan. Ahí está la caxa... pues ahí está...

Con ironía.

A Dios... No haya traiciones.

Ans. Así me la entregas, sin descubrir el secreto, ¿he?

Con cachaza.

Juan. Anda, anda:

En ademan de irse.

Pregunta á los plateros.

Con un grito.

Ans. ¿Dónde vas?

Juan. Al jardin.

Se lleva á Don Narciso, y tambien quiere llevarse á Eugenia, pero su madre lo impide.

SCENA IV.

Doña Anselma y Eugenia.

Ans. Quédese vm. aquí, señorita...

Aparte.

¡Ah! ¡qué tono, qué desden, qué flema tan irritante!... Estoy fuera de mí.

Eug. Madre mia, en vm. está...

Ans. Dime: ¿te ama Don Narciso?

Eug. Sí, señora.

Ans. ¿Le amas?

Eug. Estoy loca por él.

Aparte.

Ans. Echarse la cadena á los quince años.

En voz alta.

¿Le darás tu mano?

Eug. Mucho lo deseo: y juzgo que él hará mi dicha, y la de mi buen padre.

Aparte.

Ans. ¡Ah! que otro tanto me juraba mi delinqüente marido. Hija mia, oye... tú no sabes lo que hay que temblar en ese triste lazo.

Eug. Lo que sé es amar de corazon.

Ans. Pues bien. Arma tus rigores contra Don Narciso. El amor es un aspid que abriga tu seno: y á mi exemplo teme los tormentos que te esperan quando ese corazon tan tierno y afectuoso se vea abandonado por un esposo tan pérfido como el mio.

Eug. Sí: digna es una de compasion quando eso es cierto; mas espero que no me sucederá lo mismo: Don Narciso será para mí (me lo ha prometido)

el amante mas fiel, el mejor de los amigos, y sobre todo el mejor de los esposos: en una palabra, espera hasta el último momento de su vida parecerse á mi padre, que es tan bueno, tan agradable, tan humano...

Con indignacion.

Ans. ¡Ah! ¡hija! tan falso... Todos se parecen.

Aparte.

No sé lo que me digo...

Un pensamiento. Acércate Eugenia...

En voz alta.

¿Estás resuelta á ese lazo que para tí puede ser mas feliz?

Eug. Sí, madre mia, pero con Don Narciso.

Ans. No te quejarás de que él se oponga, pues de él depende.

Eug. Ya me cuento por su esposa.

Ans. Está en el jardin, y quisiera hablarle.

Eug. En buen hora; al instante vendrá. *Vase.*

SCENA V.

Doña Anselma sola.

Ans. Para quitar la máscara á una maldad que se encubre con tanta destreza, es preciso emplear

el artificio, mas que me pese; además que el criminal objeto de mis justas sospechas, al fin me precisa á seguir sus lecciones. ¡Pero yo me confundo! ¿quándo ha usado él de ironía conmigo en sus ultrages? ¡Ah! esta es obra de mi tutor; ¿y ha de seguir mi esposo sus consejos? ¡y qué poco!... ¡No hay remedio! valgámonos del amor de Don Narciso. En su edad el corazon ama con violencia: podrá servirme... Aquí viene... silencio.

SCENA VI.

Eugenia y Don Narciso.

A Don Narciso.

Eug. Sí, en breve, amigo, serás mi esposo, porque dice mi querida madre que en tí está...

Ans. Eugenia, retírate.

Eugenia entra en el jardin, y cierra la puerta, hasta que su madre, que no la pierde de vista, se vuelve á los espectadores; despues vuelve á abrir la puerta, y se oculta muy pasito detras de una cortina.

SCENA VII.

Doña Anselma y Don Narciso, y Eugenia escondida.

Ans. Ahora bien... Espero, amigo Don Narciso, que no tomará vm. á mal que una madre sensible quiera salvar á su hija de los males inseparables del matrimonio... Será muy justo que el amor maternal conozca á fondo el esposo que se la destina: esto pide mucho tiempo.

Narc. ¡Señora! Vm. me hace padecer: si alarga mi dicha, mil tormentos despedazan ya mi corazon: y á la verdad soy bien digno de lástima. Sin embargo, mi llama es tan pura, como el objeto que la aníma. Me considero digno de la adorable Eugenia; ¿y la podria hacer desgraciada? La muerte sea mi premio, si lo pensára solamente... ¡Eugenia de mi corazon! ¡Destierra ese temor para siempre de tu alma! Jamas profanará el vicio un corazon, en que siempre habitará el honor con tu adorable imágen.

Ans. Creeré cierto tu amor, si correspondes á una prueba que quiero hacer contigo: mira que si amas, el éxîto de tu amor depende ya de tí solo.

Se queda suspensa por algunos momentos.

Tengo quejas de mi esposo, no sin fundamento; y no quisiera dar á mi hija un compañero como él.

Narc. ¿Pues qué tiene de peligroso? ¡señora! mi dicha sería parecerme á él.

Ans. ¿A quién? ¿á ese cruel marido? ¿autor de mi suplicio? Sí; tú eres su cómplice... No lograrás la mano de mi hija.

Con desesperacion.

Narc. ¡Cielos, qué oigo!

Ans. ¿Qué has dicho tú?

Narc. ¿Es mal deseo el parecerme á un digno esposo en lo bueno que es? En todas partes le veo virtuoso, respetable: en fin, Don Juan es el mejor de los hombres: pero no sé si en secreto puede hacer otra cosa.

Ans. Ahora eres discreto.

Con mucho afecto.

Narc. ¡Ah señora! No tengo mas que una alma. En manos de vm. la pongo... Decida vm. mi destino.

Se pone de rodillas.

Pido á Eugenia, ó la muerte.

Ans. Alza... en dos palabras... no es delito, que

una esposa sensible suponga á su marido agravios que no exîsten: pero esta duda es horrorosa... sácame de ella... ¿Dime, no es tu amigo?

Narc. Así lo creo, y me honro en serlo suyo.

Ans. Pues bien: valido de esta familiaridad, vas á seguir sus pasos con mucho zelo, y despues á decirme todo, todo lo que veas.

Narc. ¡Cielos! ¡Yo delator de un amigo! Señora, tal empleo es poco digno de mí.

Ans. ¿Amas á Eugenia?

Narc. La adoro... Pero detesto la ignominia.

Ans. ¿Por qué temes, si la conducta de mi marido no es sospechosa?

Narc. Yo la respeto, y no la exâmino.

Con furor.

Ans. ¡Perverso!... Quando yo no viva, te casarás con mi hija.

Sale detrás de la cortina.

Eug. ¿Y por qué no has de hacer lo que mi madre dice? Dí que sí, Narciso mio: no es tan dificil seguir los pasos á mi padre; y yo no tendria inconveniente en ello; pues como nada hace de malo, ¿qué importa que mi madre lo sepa?

Conturbada.

Ans. ¿Estabas aquí?

Eug. Sí, señora; todo lo he oído.

Ans. ¿No te dixe que te fueras?

Eug. ¡Ah! yo no escucho nada de otros;

Mirando á Narciso.

pero me he puesto á escuchar lo que me importa: ¿no es esto natural, madre mia?

Aparte.

Ans. ¡Ah! ¡atrevida! Todo mi plan ha trastornado.

SCENA VIII.

Los dichos, Gervasio, Justina, y despues Don Juan.

Gerv. Aqui está...

A su hija.

Vamos, hija... quiero hablar á la señora; ella es humana, muy racional, y no sé cómo puede arrojar de su casa...

A Justina.

Ans. ¡Cómo tienes atrevimiento!...

Just. Vengo con mi padre.

Gerv. Señora, disculpe vm. á un anciano, y á un padre, que teme que su hija...

Ans. ¿Conoces su culpa?

Gerv. No, señora. Ptegunto y calla: imploro la

gracia de que vm. sosiegue mi agitacion.

En ademan de irse.

Ans. Ahí viene tu amo, que te lo dirá mejor que yo: mejor lo sabe él.

Aparte al tiempo de entrar.

Juan. ¡Ola! ¡mi muger! ¡con el buen Gervasio y Justina!

Just. ¡Señora! El honor, la caridad, todo se interesa en que vm. diga mi delito ántes de dexarnos.

Ans. ¡Se puede dar mayor insolencia! Yo quería ahorrar á tu pobre padre una pesadumbre... ¿pero lo quieres así? diré la horrorosa verdad...

Hablando con Gervasio.

¡Gervasio! Esta mañana aquí mismo, tu hija se dexaba abrazar de mi marido.

Con admiracion.

Gerv. ¡Quén! ¿ella?

Eug. No, no por cierto: ¡madre mia! oiga vm.

A Eugenia con dulzura.

Juan. Calla, hija.

A su hija.

Gerv. ¿No respondes?

Just. El inocente sufre con humildad que se le acuse, y no acusa á nadie.

Gerv. ¡Señor! por Dios quíteme vm., si me estima, esta pesadumbre que acabará conmigo. Dígame vm. solamente, no es culpable; y yo respiro.

Juan. ¡Gervasio!... Si hay un corazon casto, es el de tu hija.

Con mucho contento.

Gerv. ¡Ya descanso!

Juan. Ese supuesto abrazo, fué una inocente señal de mi gratitud á Justina por los cuidados que le debe Eugenia... En esto que llega mi muger... Adivina tú lo demas.

Gerv. Ya estoy... En efecto, Justina es tan modesta, que no me pude imaginar, señor, que se olvidára en un instante.... Pero la señora ha estado para perder á esta inocente: porque vm. sabe que sin el honor, nada es una muger. ¡Hija mia! ya estoy sereno... Ven... volvamos á nuestra pobre choza.... y vm., señora, otra vez no exponga á nadie al mas cruel sonrojo sin motivos... Eso sí; pobres serémos, pero honrados.

Ans. ¿Ves á lo que me exponen tus inauditos procederes? á que unos criados insolentes, validos de tu proteccion, me injurien en mi cara: y tú, cruel, ¿me dexas vengada con ese silencio?

Juan. Anselma: esto es ya demasiado serio... Mira en tu rededor, considera tu obra, y cuenta las víctimas que sacrificas, sin señalar sus delitos: conozco los mios: soy tu marido: infeliz por tu excesivo amor; y lo llevo con paciencia. ¿Pero qué derecho tienes para injuriar ni perseguir á los demas?

Con viveza y decoro.

Contempla ese buen anciano, á quien recompensas sus servicios con el mayor ultrage. Mira su hija, objeto de tu ódio implacable, guardando sin embargo un humilde y generoso silencio. Ahí tienes á nuestra Eugenia, á quien tus rigores quieren arrebatar dos bienes necesarios á su corazon: al amante que adora, y á su leal Justina...

Señalándose á sí mismo.

Ultimamente; aquí tienes á tu único amigo, á tu fiel esposo; infeliz por ser un perpétuo blanco de tus injustos zelos: déxate, pues, mover de este triste espectáculo: cesa de emponzoñar la dicha de tus dias: acuérdate de aquellos pasados tiempos, tan preciosos, tan dulces, en que mi esposa amaba á su esposo sin sospecha... Ven, mi pobre Eugenia, échate á los pies de tu madre.

Eugenia se arrodilla.

Tus inocentes ruegos, unidos á mi ternura, mudarán su corazon, que ha nacido generoso, y que no está hecho para sufrir que nadie sea infeliz.

Eug. ¡Madre!

Conmovida.

Ans. Ven á mis brazos... no puedo mas.

A Don Juan con mucha ternura y expresion.

¡Ven tambien, dulce amigo! ¡ven! ya cedo á tus bondades: aquí tienes este corazon, que tú has sanado.

A Gervasio.

No se hable mas de esto, fiel Gervasio... Justina, no dexes mi casa.

Just. ¡Ay señora! es tiempo de que vaya á dar á mi padre los alivios que su hija le ha dado siempre: y ahora pagaré este tributo legítimo con tanta alegría, como que al salir de esta casa llevo de ella el buen concepto de vm.

Eug. ¿Y te vas despues de todo?

Escena muda entre Eugenia, Gervasio y Justina; estos dos últimos vanse.

Ans. No puedo echarla nada en cara... ¡Ah! que es uno de los mas preciosos bienes de este mundo el hacerse amable: lo conozco. No podia esperar de mi triste conducta mas que el ódio y abandono

de todos. ¡Esposo! tu dicha estaba envenenada por mis furiosos zelos... todo me lo perdonas... Mucho tiempo hace que he estado perturbando el sosiego de tu corazon; pero no lo haré mas: abjuro mi error... toma...

Le vuelve la caxa.

Recobra esa caxa, y su fatal secreto, que tanto me ha atormentado: renuncio para siempre mis sospechas.

Juan. Voy á sacarte de dudas.

Aparte.

Debo hacer este sacrificio por su tranquilidad.

Abre la caxa.

Mirando el retrato.

Ans. ¡Ay Dios! ¡que es de una muger!

Juan. Y bien: ¿no estás curada de tus zelos?

Con emocion.

Ans. ¡Y de una muger que no conozco!

Mirando por encima del hombro de su madre.

Eug. ¡Ay! ¡qué bonita!

Juan. En una palabra. No quiero dexar materia á tus sospechas. Creeme: hijo de la idéa y del capricho, ese retrato no tiene original en el universo entero.

Ans. ¡Basta! Al fin soy dueña de mí misma. Yo guardo esta alhaja, regalo de tu ternura, para obsequiar un dia á nuestros novios... y para reparar mejor la ofensa que ha sufrido una familia honrada, voy á que Gervasio me vuelva su hija.

Abraza á su marido.

SCENA IX.

Los dichos: Don Guillelmo entra en el momento que Doña Anselma abraza á su marido.

Guill. ¡Ola! aquí se abrazan. Esto es nuevo para mí.

Con desden.

Ans. ¿Es malo esto?

Guill. ¡Vaya, vaya! ¡buen retrato! es un original sin copia.

Ans. No hay necesidad de copia.

Con desembarazo.

Digo á vm., señor Don Guillelmo, que si sus cuidados oficiosos no turban mas la paz de mi casa, durará en ella muchos años. *Vase.*

Guill. ¡Qué sal tan picante! Pero no me hace mella, pues hasta que tu corazon se haya hecho de un carácter firme, no dexaré de ser tu Mentor.

Le toma del brazo aparte.

¡Ahora bien! Ya ha venido la niña, que esperabas.

Juan. ¡Ay Dios!

En voz baxa.

¿No la has hablado?...

Guill. No por cierto. Lo peor es, que ha preguntado á la puerta ¿dónde vivias? y como eres tan conocido... ¿Tienes un criado fiel?

Juan. Mis gentes todas son á favor de mi muger, y siempre les está preguntando.

Guill. Pues bien. Si nos quedáramos uno de los dos....

Juan. Otro peligro...

Con reflexîon repentina.

Guill. Aquí cerca hay, como sabes, algunas posadas.

Juan. Muy bien. Es lo mas seguro.

A Don Narciso en voz baxa.

Eug. ¿Qué tienen?

En voz baxa y con afecto.

Narc. Calla.

Guill. No perdamos tiempo... Narciso, ven con nosotros...

En voz baxa á Don Juan.

No temas... que es un buen mozo, y nos servirá.

Con naturalidad.

Eug. ¿Le dexará vm. volver?

Guill. Sí, sí; no tengas cuidado, que nosotros responderémos de él. *Vanse.*

SCENA X.

Eugenia sola.

Eug. ¡Qué fastidio! ¡llevarse su sobrino! ¿No estaría mejor en mi compañía? Sola, me voy á aburrir. Para obsequiar un dia á nuestros novios, dixo mi madre: esto será pronto... ¿Si seré yo zelosa?... ¡Qué silencio reyna aquí!... Voy á casa de Gervasio... Mas no, que se enfadará mi madre... Quedémonos, pues... Ahora que me acuerdo: allí está la aria que Narciso me ha regalado, que empieza: *Locas son las niñas.* La letra es suya; ya no temo el fastidio: voy al piano.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Jacinto solo.

Jac. No ha querido venir el coche; no es maravilla, pues no sé quién me ha dicho que ya llegó; y por eso me vengo derechito á casa.

SCENA II.

Eugenia y Jacinto.

Eug. Ola, Jacinto.

Jac. Señorita, sea enhorabuena.

Eug. ¿De qué?

Con agradable sonrisa.

Jac. De una noticia, que vm. ya sabe.

Eug. Nada sé.

Jac. La señora esposa de Don Narciso: ¿no es un bonito título? ¿A que es muy gracioso?

Eug. Mas bonito que otro.

Jac. Pues bien; así se titulará vm.

Eug. ¿Lo sabes?

Jac. Mucho que lo sé... Y el título de esposo de

Justina, ¿qué le parece á vm.?

Eug. Muy lindo.

Jac. Pues sepa vm. que sí: pero yo no la veo.

Eug. Puede que ahora venga.

SCENA III.

Los dichos y Doña Anselma.

Eug. ¡Madre mia! ¿vuelve Justina?...

Ans. No estaba en su casa; luego volveré á ver en qué quedamos. Vaya, que es tiesa tu Justina.

Eug. ¡Pero es tan amable!

Jacinto entretanto da muestras de contento.

¿Quiere vm. que la escriba una esquela? Jacinto la llevará.

Ans. Sí; y dila que aquí la espero, que quiero decirla que nada tengo con ella... Mas... se me olvidaba un grande encuentro... ¿Sabes que he hallado á tu padre, á Don Guillelmo y á tu amante, que me han dicho que iban á casa de un Notario? ¿Qué comprehendes de esto?

Sonriéndose con naturalidad.

Eug. Yo nada: pero déxelos vm. ¡Ah! mas querré á mi amante, si por vm. llega á ser mi esposo. *Vase.*

SCENA IV.

Doña Anselma, y Jacinto á un lado.

Ans. El mal que se sabe, no está léjos del mal que se teme.

Aparte.

Mucho me cuesta seducir á un criado: pero ánimo: vamos allá.

Acércate, Jacinto, que no voy á reñirte.

Aparte.

Jac. No sería extraño.

Ans. Acércate, no temas... Aunque puede que tengas parte en los tormentos de mi corazon.

Jac. ¡Yo! ¿Señora?

Ans. Sí, Jacinto. A todas partes vas con tu amo: tú solo sabes dónde entra, y quánto hace: yo no puedo vivir si no sé la conducta de mi querido esposo; y por tu silencio, me has reducido á que le persiga, á que á todos os incomodé... pues quando el amor vé claro, no es zeloso.

Jac. Pues yo siempre he oído que el amor no vé gota; y así sucede con vm.: quanto mas le abran á vm. los ojos, mas y mas los cierra para no

ver nada: ó si los abre vm., es para ver lo que no hay... En fin, si yo acusase á mi amo... Sí, señor, yo sería creído... pero como no puedo hablar sino mucho bien: ¿he? Jacinto es un pícaro... Jacinto nada dice... Señora: yo no soy como esos criados indignos, aduladores y embusteros, que hoy venderían por vm. á su amo, y mañana la venderían á vm. por él... ¡Jesus! ¡no sé cómo hay amos en el mundo, que derraman su dinero para rodearse de traidores! Yo, oir, ver, y callar...

Ans. ¿Te parece muy honrado ese modo de portarte, quando una palabra á tiempo puede sosegar mi corazon? Si no tienes mal que decir de tu amo, callando arriesgas su sosiego y el mio. Si á una casada la fuera lícito ir á todas partes con su marido, no necesitaría yo de vosotros; pero sería feliz si supiera, que aun en mi ausencia piensa en mí: que en todas partes me tiene presente, que no hay distraccion para él. Dime, ¿en saber yo esto ofendería tu honradez? ¿ni por qué ha de ser peligroso un zelo que nos haría mas felices?

Jac. Si no es eso, señora... Yo diría la verdad; ¿pero quién me asegura el que vm. me crea?

porque pasar por mentiroso, no siéndolo, se siente mucho.

Ans. Pues bien, haz la prueba: y verás como tú mantienes la dulce paz jurada entre tu amo y yo.

Jac. ¿Durará mucho?

Ans. Durará miéntras viva; pero en tí consiste.

Jac. ¿Con que hay que contarla á vm. todo?

Ans. Y con mucha fidelidad.

Jac. Así será: fie vm... pero hagamos un convenio... Justina va á venir... he de lograr su mano... Miéntras que yo sigo los pasos de mi amo, mi ama ha de seguir los pasos de Justina: y pues que el reposo de nuestros corazones depende de ellos, los dos nos dirémos la verdad: ¿no es eso?

Volviéndose á un lado, y en voz baxa.

Ans. ¡Justos cielos! ¡A esta vileza he venido!

En voz alta.

Anda, y mira si mi hija ha acabado de escribir.

Vase Jacinto.

Don Narciso se niega por amistad: Jacinto me pone por dura condicion... ¡Qué premio tan vergonzoso saco!... No: ya es tiempo de que me conozca: dexémos de ofender á mi esposo: to-

dos dicen que es fiel; ¿y por qué no lo he de creer?

Un Calesero en la puerta del foro.

Cales. Entre vm. recado al amo de la casa.

Ans. Aquí está la señora.

Saliendo.

Cales. Buenos dias, señora... Perdone vm... Aquí está mi librito de memorias... Lea vm.

Lee.

Ans. "Irás á casa de Don Juan Rosaverde... de »parte de una señorita, que se le envia de Ciu»dad Real, y dirás que ha llegado."

Recoge el Calesero su libro.

Al Calesero.

¿Y quién es, amigo mio, esa señorita?

Cales. No sé quién es... Pero presumo que es persona de importancia... Siento no haber podido venir ántes.

Ans. ¿Dónde ha ido á parar?

Cales. Creo que estará todavía en la posada donde yo he llegado.

Aparte.

Ans. ¡Ay cielos! ¿vendrán nuevos martirios?

En voz alta.

Aguarda, irémos juntos; que yo misma voy á buscarla.

Con confianza.

Cales. Pues le gustará á vm. mucho, porque es el encanto de todos. *Vanse.*

SCENA V.

Jacinto solo, y despues Clemencia.

Doña Anselma en el acto de acabar de irse.

Jac. ¡Señora! ¡señora! ¡Anda con Dios! ¡buen viage! Pero yo soy muy zorro: eso de que yo he de vender á mi amo, no: ¡mas sino hace nada malo! ¡Vaya, que los zelos son un infierno! No: pues que se devane los sesos. Yo me voy á casar al instante con Justina, y á servir á Don Narciso... ¡Jesus! mas vale vivir en paz, que todos los tesoros...

Mira hácia dentro.

Vaya, que la niña es un plomo; y lleva trazas de no acabar la carta en toda su vida...

Vé á Clemencia que la acompaña un criado, el qual se retira inmediatamente despues de haberla introducido.

¡Ola! ¡ola! ¿qué es esto?

Llegando con lentitud.

Clem. ¡Si seré bien recibida! ¡Dios mio!

Llegándose á ella.

Jac. Una señorita como vm. merece mucho; no puede ser mal recibida.

Clem. Ese es favor de vm.

Jac. No gasto lisonjas, señorita: ¿qué trae vm. aquí?

Clem. Quisiera hablar al señor Don Juan.

Jac. Ha salido.

Clem. Pues lúego volveré.

Jác. ¿Está vm. de prisa?

Deteniéndola.

Dígame vm...

Clem. Busco solo al señor Don Juan.

Aparte.

Jac. Mas valiera que me buscára á mí.

Clem. El sabe á lo que vengo.

Jac. En ese caso, hasta luego:

En ademan de irse.

á la tarde podrá vm. venir, y le hallará vm. al amo en casa.

SCENA VI.

Los dichos y Eugenia.

Le da la carta á Jacinto.

Eug. Toma, Jacinto; vé corriendo.

Aparte mirando á Clemencia.

¡Qué bella persona!

Eugenia y Clemencia se saludan, y Jacinto las mira con admiracion.

Con un poco de despecho.

Eug. Vamos, Jacinto, despáchate.

Jac. Voy corriendo...

Al oído de Clemencia.

Esta señorita, es la hija única del señor Don Juan, y se llama Eugenia. *Vase.*

SCENA VII.

Eugenia y Clemencia.

Eugenia mira por algun tiempo á Clemencia con interés y admiracion, y dice con naturalidad.

Eug. ¡No sé qué siento! una secreta alegría se apodera de mi corazon.

Clem. Esa es para mí gran dicha.

Eug. Mi corazon palpita...

Aparte.

¿Qué será esto? ¿quién es esta jóven forastera....

En voz alta.

La dicha será para mí.

Aparte.

¿Por qué siento yo tanto gusto en verla? Siento un no sé qué, que me manda no la aparte de mí.

Una pausa, mirando á Clemencia con mucha accion, y despues dice.

Amiga mia, dame tus brazos... yo no puedo conmigo misma...

Abrazándola.

Clem. El alma se me arranca al ver tan buen recibo: admite estas lágrimas de contento.

Eug. A mí tambien se me saltan. ¿Qué cosa nos enternece así?

Clem. En tí es la piedad... en mí el agradecimiento.

Eug. Nada me debes... y yo cedo al poder de un afecto íntimo, que no es piedad sino mas bien amistad.

Clem. ¡Ay amiga! mas digna de piedad soy que de afecto; y vengo á implorarla.

Eug. ¿Pues qué te sucede? dímelo todo: que si yo puedo servirte de algun alivio, no sé qual de las dos será mas feliz.

Llorando.

Clem. ¡Alma generosa!

Eug. ¿Por qué lloras?

Clem. No sé por qué infausta suerte de mis padres se me ha ocultado mi triste nacimiento. Esta vida la debo á los generosos socorros del señor Don Juan.

Con mucha accion.

Eug. ¿Mi padre?

Clem. Tu padre.... Me dió en lugar de madre una excelente muger, en cuya apacible morada he vivido diez y ocho años... ¿Por qué habia de morir una muger tan virtuosa, tan buena?

Eug. ¿Ha muerto?

Clem. Noche y dia la lloro, y por eso vengo á que tu padre disponga de esta infeliz, dos veces huérfana.

Eug. Cuenta con mi padre: él mismo hará sus veces... ¿Le has visto ya?

Clem. Nunca le he visto... pero le amo... le amo... mas bien como á padre, que como á bienhechor. Espero, amiga, que con tu favor le veré.

Eug. Yo me prometo ser feliz si te quedas en casa... Nos trataréinos como hermanas.

Clem. No sé con qué secreto iman me atraes hácia tí.

Eug. ¿Tienes diez y ocho años?

Clem. Sí.

Eug. Mira, tú serás la mayor, pues yo no tengo mas que quince.

Clem. No puede mi corazon aspirar á esa dulze prerogativa contigo: pero sí seré tu fiel compañera.

Eug. No lo dudo... mas espera... mi madre puede que esté en el jardin; voy á llamarla... luego que te vea, no te dexará salir de casa.

Vase corriendo.

Clem. Amanece para mí una aurora de felicidades, si la madre es como la hija.

SCENA VIII.

Clemencia y Don Juan: despues Don Guillelmo, y despues Don Narciso.

Clem. Pasos siento.

Juan. Cuidado que me avisen al punto... ¡Cielos! ¡qué muger es esta!

Clem. ¡Señor!...

Juan. ¡Qué miro! ¡mi sorpresa es grande!

Clem. ¿Es vm. el señor Don Juan?

Atribulado.

Juan. Sí, señora... el mismo.

Aparte.

¡Qué vivo retrato!...

Arrodíllase.

Clem. Postrada... vengo...

Juan. Levanta... ¿eres Clemencia?

Clem. Sí, señor.

Aparte.

Juan. ¡Si parece que veo á su madre!

Clem. Señor, ¿le incomoda á vm. mi presencia?

Juan. ¡Qué dices, hija mia! ven, vuela á mis brazos...

Aparte.

¿Si habrá espías? ¡Qué susto!

Clem. ¡Mi bienhechor, mi padre!

Entrando con agitacion.

Guill. ¡No hay remedio! es ella.

Juan. Ella es.

Toma de la mano á Clemencia.

Guill. Sígueme. Por un instante no se ha descubierto todo.

A Don Juan.

¿Está abierta la puerta del jardin?

Juan. Hay está la llave.

Guill. Bueno.

Asustada.

Clem. ¡Qué es esto!

A Clemencia.

Guill. Serénate.

Aparte.

Aquí es menester entereza.

A Don Juan

Guarda un intrépido silencio: mira que esta crisis va á decidir tu suerte: voy á mi casa para mas seguridad; que quando sea tiempo irémos á la de Gervasio.

Sale corriendo.

Narc. Aquí viene Doña Anselma.

Juan. ¡Ay Dios!

Guill. Vamos pronto.

A Don Juan.

Y tú, quédate aquí, firme y sereno. Cuidado.

Vase con Clemencia por la puerta del jardin.

SCENA IX.

Don Juan y Doña Anselma.

Aparte.

Juan. ¡Funesta rabia! ¡comprometer así mi nombre y el suyo!...

Con cachaza é ironía.

Ans. ¡Qué horror! ¿Es verdad, esposo?

Friamente, y despues del mismo modo.

Juan. ¡Con que has venido, muger!

Ans. Sí, fiel esposo: aquí tienes á tu muger que te pregunta sin prosa y sin rodéos ¿qué precioso objeto esperabas de Ciudad Real?

Juan. ¿No te lo han dicho?

Con dulzura.

Ans. Sí, hijo mio.

Con furor.

¡Sí, perjuro! ¿Con que en el mismo instante en que tu boca me jura no dar en adelante á mi infelice corazon sospechas terribles, ni tormentos horrorosos; en el dulce momento en que este corazon mas sereno buscaba un asilo para siempre en el tuyo, abusando de mi candor, dispones los cobardes preparativos de una infidelidad Esa niña... vamos... responde... ¿quien es? todos me dicen que es muy hermosa: ¿qué trae á Madrid? ¿por qué pregunta por tí?

Juan. Es natural que me la envie algun amigo, y la recibiré con mucho gusto.

Ans. ¡Qué pronto has encontrado ese amigo! ¿porqué pones espías que te avisen?

Juan. Ninguna he puesto.

Con viveza.

Ans. ¡Pues por qué... (yo me desespero) por qué se ha visto esta mañana en cierta parte á Jacinto preguntando á todos? Mas aquí viene...

Juan. ¡Muger! no entiendo nada de quanto dices.

SCENA X.

Los dichos y Jacinto.

Jac. ¿Con que Justina se va para siempre á su casa?

Ans. Me alegro en este momento que vengas.

Juan. Por Dios que no me inquietes, esposa... te complaces en comprometerme con todos mis criados... Hasta ahora he sido víctima de mi corazon bueno y compasivo... pero basta... estoy cansado de esta vida... es menester adoptar uno de dos medios, para salir de tan penoso estado. O soy tu tierno y fiel esposo, ó no lo soy; si tienes prueba de mi infidelidad, ahórrate de darme nuevos pesares. Sea el último castigo á mi conducta el mas pronto abandono, el mas justo desprecio. Pero si siempre amante de mi esposa, he guardado religiosamente la fé que te juré, si he sido idólatra tuyo y de tu honor, eres injusta sino me pagas con la dicha que me debes.

Ans. Haz, pues, la mia cruel; y si tanto me adoras, dime al instante ¿quién es esa forastera? ¿de dónde la conoces?.. Dí... ¿qué respondes?... ¿Sabes que ese silencio expone tu vir-

tud á sospechas muy feas, y que esa niña podrá tambien atraerse con tu proteccion una mala nota? Dicen que se halla en situacion desgraciada: se alaba su atractivo... y tú puedes compasivo y rico...

Juan. No prosigas, injusta... Yo iba á descubrirte este inocente misterio... pero... callémos.

Con furor.

Ans. Mira que me precipitas... Me pones furiosa, y me haces capaz de todo. Diez y seis años han sido para mí una tenebrosa noche, que han obscurecido mucho mas tus diestras imposturas. Hasta aquí creí haberte acusado sin razon; pero al fin mis sospechas han hallado fundamento. Ya no puedes llamar mi desconfianza rabia funesta, ciego frenesí... Mas no te alabes, hombre artificioso, de que ocultarás de mi vista á mi rival... Si la escondieses en el centro de la tierra, allí la descubriría.

Jac. ¿Con que esta paz, es como si dixéramos una guerra?

Ans. ¡Qué digo yo! ¡Dónde voy á parar! Mira... el partido mas prudente es el de separarnos: ya no podémos vivir juntos: ambos maldecimos el lazo que nos une: rompiéndolo, serémos felices.

Juan. Sí por cierto: tienes razon...

Con firmeza.

Bastante ha atormentado ese lazo mi deplorable vida... Separémonos.

Ans. ¡Corazon vil! ¡Eso quisieras!

Con pausa y furor.

¡Quieres tu libertad!... mas no la tendrás... no. Desde este momento no me echarás de tu lado... A todas partes irás conmigo... he de ser tu sombra.

Con furor.

Juan. Acabémos... estoy harto de tus innumerables injurias: aborrezco tu horrendo amor... mas quiero tu ódio... te hablo por la última vez acaso: y voy á hablarte como dueño. Mira, desde hoy en adelante, tu esposo quiere mandar en su casa. Hasta aquí te he querido ceder el mando... Toda mi familia, hasta hoy acostumbrada á venderme, solo á mí han de obedecer... y si no á la calle. Por la mañana, por la tarde, á todas horas, que entre ó salga, no ha de haber espías á mi lado: y cuidado sobre todo con que me preguntes nada. Bastante me han ultrajado tus dudas... Cuidado con que este plan se altere en lo mas mínimo... porque si me vuelves á

perseguir, se acabó todo; y yo soy el que de tí me separo para siempre. Dia vendrá en que conozcas tu delirio: maldecirás tu manía, tus insultantes sospechas, y volverás á mí; pero en vano... A Dios.

Se entra en su habitacion, y cierra la puerta con violencia.

Desmayándose.

Ans. ¡Ay Dios! Así me dexa...

Socorriéndola.

Jac. ¡Señora!...

Doña Anselma se dexa caer sobre Jacinto.

¡Señor! ¡señor! Venga vm. que se muere. Está sordo.

Reponiéndose.

Ans. ¡Cruel! Es capaz de dexarme morir.

SCENA XI.

Los dichos, Eugenia y Don Narciso.

Aparte.

Ans. ¡O! ¡bárbaro marido!

A Narciso.

Eug. Ya te digo, que quiero hablar á mi madre.

Ans. ¿Qué me quieres?

Eug. En una palabra... Aquí ha venido una señorita poco hace, y ha preguntado por mi padre.

Ans. Acaba, dí...

Aparte.

Yo sabré el misterio.

Eug. Es muy linda, y tan desgraciada la pobre... Mire vm., yo lloraba quando me refería...

A Don Narciso, que la tira la ropa para que calle.

Déxame decir...

A Don Narciso con seriedad.

Ans. Déxela vm.

A su hija.

Prosigue, hija mia.

Eug. La pobre, ignora su familia. Dice que mi padre es su único consuelo. He corrido en busca de vm... porque vm... es lo mismo.

Ans. En fin, ¿dónde está esa niña?

Eug. En casa de Don Guillelmo... Sin duda él la da un asilo; pero yo hubiera querido que vm. la viese, y hubiera tambien querido que se quedase en casa con Justina.

Jac. ¡Ah! sí. Justina está en casa de su padre, y no quiere volver.

Eug. ¿Qué? ¿está todavía enojada? Yo iría ahora á verla, si mi madre quisiera.

Ans. Anda, pues; Jacinto irá contigo.

Aparte.

Los dos me estorban.

Vanse Eugenia y Jacinto: Don Narciso qu... seguirlos; pero se lo impide Doña Anselma.

SCENA XII.

Doña Anselma y Don Narciso.

Ans. Abreviémos mi suplicio, Don Narciso. Bi... te lo habia yo dicho. Sí: eres su cómplice.

Con asombro.

Narc. ¿De quién?

Ans. Ya me entiendes... Una criatura acaba de desconcertar vuestros pérfidos planes.

Narc. ¡Señora! ¡en honor!...

Ans. ¡Qué! ¿no he visto yo tus señas, que indican claramente tu traicion?

Con el mayor calor.

Narc. ¡Señora! ¿es posible que vm. me haga esa injusticia? El engañar á vm. ¿no sería renunciar

á la dicha que me prometo de su ternura? ¿No es vm. dueña en el dia de mi destino? ¿y puedo yo venderla sin sacrificarme?

Ans. No bastan palabras para convencerme; quiero obras... Llévame á casa de tu tio, ántes que tenga tiempo de sacar de allí á la forastera; quiero saber de una vez si tengo razon, ó no.

Aparte.

Narc. ¡Estamos perdidos!

A ella.

¿Sabe vm. que yo no mando en su casa?

Ans. Al instante.

Narc. Reflexîone vm...

Ans. Nada reflexîono... Vamos, ó no te casas... Piénsalo bien.

Aparte.

Narc. ¡O exponerlos á todos, ó perder lo que mas amo!

Ans. ¿Dudas? iré sola.

Narc. Espere vm.: allá voy.

Ans. Pues vamos.

Narc. Vamos...

Aparte al tiempo de irse.

¡Ay Dios! solo por milagro saldrémos de este peligro.

ACTO QUARTO.

El teatro representa la casa de Gervasio.

SCENA PRIMERA.

Gervasio y Justina.

Gerv. ¡Bueno!

Colocando algunos muebles por una y otra parte.

Todo está como el amo quiere: ¿no está bien? Dí.

Just. Muy bien está.

Suspirando.

¿Pero á qué viene todo esto? ¿quién es esa señorita que ha de vivir con nosotros, sin que lo sepa nadie?

Gerv. ¿Qué te importa?

Just. No sé qué me da el corazon: temo nos vengan muchas pesadumbres; y no pocas á ellos.

Gerv. Escucha, Justina: mi amo no se parece en nada á su padre: no es, como él, impetuoso, amigo de sus gustos, ni calavera; ántes bien se pasa de modesto y prudente. Su padre me quería enriquecer porque le ayudase en sus vicios;

el hijo me echaría si tal hiciera. Pues bien: un hombre, como él, no es capaz de comprometernos. ¿Piensas tú que yo hubiera aceptado la casa que nos regala, si hubiese creído mala su intencion? No, no creas que manche con ninguna infamia esta morada.

Just. Que el cielo me confunda, si dudo yo de su honradez. Lo que yo temo son los zelos de su esposa, furiosos arrebatos de su loco amor. Ya sabe vm. que por eso no estoy á su lado: con que...

Gerv. No hablémos mas de eso.

Just. Sí, que á la menor cosa que vea, y que á ella se le figure, no lo echará todo á rodar.

Gerv. Enhorabuena. Venga aquí á desahogar su rabia: la diré una sola palabra. En mi casa, señora, soy el amo. Si el señor Don Juan no quiere serlo en la suya, él se entenderá: vm. no tiene aquí sobre Gervasio poder alguno: así se lo diré, ya lo verás.

Con viveza.

¡Que mi amo no tenga tanto valor como yo! pero ya que él no se atreve, yo me atreveré. Preciso es servirlo.

Just. Dios quiera que no se arda la casa; y que

vm. no lo pague.

Gerv. ¿He? nada temo.

SCENA II.

Los dichos, Eugenia y Jacinto.

Eug. ¿Esto se acabó?

A Justina.

Con que no quieres venir: ¿he?...

Just. ¡Qué! ¿vm. misma viene, señorita?

Eug. ¡No hables! Ya sabes lo que te quiero: bien podrá ser que tú no quieras vivir conmigo; pero yo no puedo estar sin tí mucho tiempo.

A Eugenia.

Just. Cada vez me favorece vm. mas.

A Gervasio.

¿Sabe vm., padre mio, que quando vm. salió, recibí de Eugenia un recado muy atento? ¡Mire vm. qué bondad!

A Eugenia.

¿Quiere vm. que enseñe á mi padre la carta?

A Justina.

Eug. Sí.

A Gervasio.

Mas yo escribo muy mal: tengo buen corazon,

sí; pero poco entendimiento.

Gerv. ¡Qué candor!...

A Justina.

Eug. ¿Perdonas á mi madre? Dí...

Just. ¿Quién se acuerda de eso? Quítele vm. sus zelos, y á fé mia que al instante voy.

Con importancia.

Jac. Mira, Justina, que yo no consiento en ello.

Eug. ¿Por qué, Jacinto?

Jac. Porque es muy zelosa...

A Justina.

Si vuelves á su casa, busca quien se case contigo, porque...

Just. No prosigas.

Jac. Porque has de saber...

Eug. Calla hombre...

Just. Señorita, yo volveré: mi corazon, la bondad de vm., todo me obliga: pero la que es zelosa, está muy cerca de ser inhumana: ultrajada hoy, tambien mañana lo seré; y poco despues me volverán á echar con ignominia. Mejor será una cosa: dentro de pocos dias se casa vm., y al instante voy á servirla, siempre que mi padre quiera.

Eug. Pues bien, abrázame, querida. Y tú, Ger-

vasio, ¿consientes en ello? Nada pierdes: yo salgo á que tu hija estará contenta.

Gerv. Consiento de corazon; y léjos de inquietarme, envidio su suerte.

Jac. Esto va bien, y á mi gusto.

A Justina.

Ahora sí que seré tu marido.

En voz baxa.

Just. Y yo, señor Jacinto, enmendaré á vm.: no se me olvidará, no, eso de que busque otro marido.

SCENA III.

Los dichos, Don Juan, Clemencia y Don Guillelmo.

Gerv. ¿Qué ruido es ese?

Juan. Soy yo.

A Justina.

Eug. Ella es.

Clem. ¡Ay Dios!

Juan. No temas:

Aparte mirando á Eugenia.

En esta morada nadie se meterá contigo.

Aparte.

¡Ay cielos! Mi hija aquí...

A Eugenia en voz alta.

¿Qué haces aquí?...

Eug. Vengo á que Justina vuelva á casa.

Juan. Justina tiene que quedarse en la de su padre.

En voz baxa.

Guill. Pues estamos serenos, aprovechémos los momentos: quiero hablarte sin testigos.

En voz baxa.

Juan. Yo tambien.

En voz alta.

Gervasio: ya conoces la huéspeda que te traigo.

Aparte.

Just. ¡Qué linda es!

A Justina y Gervasio.

Jac. ¿No lo habia dicho yo, que era como un sol?

Á Clemencia.

Juan. Esta casa es la mansion de la virtud y del recogimiento: no dudo que por lo mismo estés contenta: pero con todo eso, quiero darte gusto: mira si te acomoda; vé con Gervasio.

En voz baxa á Gervasio.

Entretenlos.

A Eugenia, Justina, Jacinto y Clemencia.

Gerv. Vengan vms. á ver mi huertecita, que la he compuesto; y á buen seguro que les ha de gustar. *Vase con Clemencia.*

SCENA IV.

Don Juan y Don Guillelmo.

Guill. Al fin estamos solos. Ahora bien, amigo mio: ¿dexarás tu obra á medias?

Juan. No por cierto; eso no.

Guill. Sin embargo, á pesar de tu intencion de evitar que Eugenia pudiera ver y decir, la ves aquí. Pero si acaso crees que tarde ó temprano se sabrá, ¿qué piensas hacer?

Con firmeza.

Hablémos como hombres.

Conturbado.

Juan. ¿Qué harías tú? En el punto en que estamos, harías, me parece, de la necesidad virtud.

Guill. Decirlo todo: ¿no es eso? ¿y tu juramento?

Juan. ¿Pues no querías?...

Guill. Sí, quando era tiempo... En mi primer sistema, la llegada de Clemencia te volvía la potestad que debe tener un marido en el seno de su familia: mas ahora que tu muger sabe que has querido esconderla de su vista, aunque derramases tu sangre para probarle que era tu legítima hija, no lo creerá. Hará malos juicios de los dos... ¡*Mentira*! exclamará: ¡*Infame disculpa*! y bien léjos de agotar el perenne manantial de tus males, tu confesion intempestiva los aumentará.

Juan. Verdad es: mas ya que me indicas el mal, ¿por qué no me das el remedio?

Guill. ¿Quieres ser siempre débil? padece, sufre, y no esperes mi socorro... ¿No te estremece y abochorna esa vil dependencia en que vives, fruto amargo y vergonzoso de una contemplacion, que yo con razon llamaré pusilanimidad? Escucha mis consejos; síguelos; y hoy mismo recobras tu imperio.

Juan. Habla, amigo mio; que ya es tiempo de que mi alma respire.

Guill. ¡Bueno! pues voy á hacerte libre á toda costa. Comienza solamente: yo me encargo de los demas.

Juan. Así lo haré.

Guill. Ese secreto que tú crees tan funesto, lo ha de saber tu muger aun sin preguntarlo. No ignoras que lo que se oculta, es lo primero que se sabe. Entónces hazte sordo al impetuoso clamor de su delirio: respeta con fidelidad la madre de Clemencia, pues faltando al juramento solemne que la hiciste, te haces perjuro sin hacerte feliz. Por el pronto se extrañará tu silencio; pero vas á mejorar de suerte: oye lo que te dicen el honor y la amistad; y sabe que guardando este secreto á tu zelosa muger, rompes el yugo que te impone. Clemencia es el pretexto, y tu paz y tu sosiego la causa.

Juan. Tiemblo al considerar...

Guill. ¡Qué! ¿tiemblas?

Juan. ¿Qué resultará de aquí?

Guill. Que viendo tu muger que mudas el tono suave, que la habia ensoberbecido, en un tono firme y varoníl, conocerá de una vez que su reynado pasó.

Juan. Al instante verás qué furores, qué vahídos, qué congojas...

Guill. ¿Qué importa? Miéntras ella se crea fuerte por tu flaqueza, el furor, los vahídos, las congo-

jas, se multiplicarán á lo infinito.

Juan. Mira, que amenaza con el divorcio.

Guill. En eso te indica lo que tú debes hacer.

Juan. Y tú que nos uniste, ¿nos quieres separar?

Guill. Quiero reparar un mal que hice: pues mira: ese terrible divorcio, es el único remedio de tus males.

Juan. ¡Separarme de ella! ¡Gran Dios! ¡qué oigo!

Guill. ¿Te conturbas?... ¿tiemblas?... No, no te separarás; pero finge que lo quieres así.

Juan. ¿No podiamos hallar otro medio ménos duro, que sin mudar su corazon, mudase su carácter? ¿que me volviese mis derechos sin quitarme su precioso amor?... temo que mi dureza me haga aborrecible, sin remedio tal vez.

Guill. No prosigas... ¡hombre sin energía! Nada despertará ya el letargo de tu alma. Ya se vé: en diez y seis años no has aprendido otra cosa.

Con entereza.

Pues mira; te digo que te amo, que deseo tu bien, que haré por tí un sacrificio. Si sigues mi sistema, todos quedan satisfechos: tienes imperturbable paz en tu familia: corregida tu muger; y yo esposo de Clemencia.

Con confusion.

Juan. ¡De Clemencia!...

Guill. Sí: míralo bien. La rendiré mi fé luego que te haya hecho dueño absoluto de tu casa. Cansada tu muger de su desgraciada vida, abjurará su doloroso error. Pronto una corta tempestad nos llevará á todos al puerto. ¿Quieres, ó no quieres? ¿dudas? pues perece en tu suerte.

En ademan de irse.

A Dios.

Juan. Espera...

Guill. No espero, ni un momento: á Dios.

Juan. Vuelve... convengo, amigo: quiero ser digno de tu fina amistad. Cueste lo que cueste. ¡Válgame Dios! Conozco que es tiempo de emplear el rigor. Debo este holocausto terrible al sosiego de mi casa; al amigo que se digna hacer dichosa á mi hija... vamos... estoy resuelto... hoy mismo será.

Con firmeza.

Guill. ¡Dios quiera que la razon labre y dome esa pasion!

Juan. Te lo juro.

Guill. Pues sé consiguiente. Entónces, si Clemencia me quiere, soy su esposo: me tendré por fe-

liz de haber hecho tu dicha y la suya; nada mas exîjo; nada mas exâmino.

SCENA V.

Los dichos y Don Narciso.

Apresurado.

Narc. Dudaba que vms. estuviesen aquí: me alegro.

Guill. ¡Qué pálido vienes!

Narc. ¡Es que tiemblo! ¡Sí, señor! ¡tiemblo!...

Guill. Y bien: acaba.

Narc. Ante todas cosas quisiera mi perdon.

Con viveza.

Guill. ¿Dé qué? prosigue... pronto.

Narc. De la libertad que me he tomado en ir á casa de vm. con Doña Anselma, quando vm. no estaba en ella, la qual lo exîgió con un tono absolto, y ha sido preciso.

Guill. ¿No hay mas? Anda... Ya estás perdonado...

Riéndose.

¿A quién ha encontrado ella en mi casa?

Narc. A nadie, por fortuna; pero todo lo ha revuelto por escudriñar.

Juan. ¡Qué horrible conducta!

Narc. En fin, cansada de buscar, dice: ¡Pues! ya han escapado... Ven conmigo, me acompañarás á mi casa; tendrás el premio que merece tu buen zelo: y yo acabo de dexarla en su casa.

Juan. Vaya que su manía la ha vuelto loca: pero llevémos á Clemencia á tu casa, á lo ménos por hoy; que es probable no vuelva mi muger.

Guill. ¿Quién, ella? es muy probable que vuelva mas no importa... vamos allá: que venga á verme: voy á prepararme para recibirla.

Juan. Lo que siento es que el retrato en nada difiere... ¡Estoy impaciente! ya quisiera estar en tu casa.

Guill. Yo tambien quisiera: que entren aquí.

Narc. Ya vienen; aquí están.

SCENA VI.

Los dichos, Eugenia, Clemencia, Justina, Gervasio y Jacinto.

Juan. Amigo Gervasio, agradezco tus cuidados; me llevó á Clemencia.

Aparte.

Just. Ya respiro.

Gerv. ¡Señor! ya sabe vm. que puede disponer.

A Clemencia.

Juan. Ven, Clemencia...

A Eugenia.

Síguenos, hija mia.

Todos los actores toman el camino de la puerta: unos para irse, otros para despedirlos, y todos quedan en escena muda, conturbados durante una pausa; y sale Doña Anselma.

Aparte.

Narc. ¡Estamos perdidos!

Aparte.

Juan. ¡Tiemblo!

Ans. ¿A dónde llevas esa ninfa? Este objeto lleno de atractivos, es sin duda el que habias jurado que yo no vería...

Toma á Clemencia de la mano.

No se asuste vm., señorita... Venga vm. acá...

Aparte.

No me han engañado... es una deidad en efecto.

Eug. ¿No es verdad, madre mia?

Ans. Vaya que mi marido tiene buena eleccion: ¡qué ojos tan peregrinos! en fin, perfecta en todo.

Con exclamacion moderada.

¡Mas qué miro! ¡yo conozco esta cara! ¡es posible! Acérquese vm., hija mia... ¡Ay Dios!

Aparte miéntras su muger confronta á Clemencia con el retrato.

Juan. ¡Quién hubiera podido precaver este suceso aciago!

Ans. Me acuerdo que me dixiste: ese retrato, hijo de la idéa y del capricho, no tiene original en el universo entero. Ahí tienes: júzgate á tí mismo. Este es el digno objeto que arrancaba tus suspiros: objeto de tus delinqüentes deseos.

Señalando á Don Guillelmo y Gervasio.

Sí: ahí tienes tu crímen, y aquí tus cómplices.

Guill. Señora, muchas gracias.

Ans. Díme: ¿dónde habrá cadahalso que pueda castigarte, y cuya crueldad iguale á tu infamia y mala fé? Y vosotros, tiernos amigos, protectores de sus vicios, ¿qué mereceis? Hablad...

Guill. Yo, á quien no han hecho nunca mella tus injustos denuestos, digo, que con nada se me podría pagar el importante servicio que iba á hacerle. No digo mas: pero no me mezcléis en vuestras quimeras domésticas.

Ans. ¿Pues quién las causa todas, sino vm.? Sí; vm. que...

Guill. Espero no te olvidarás ahora, ni nunca de que un tutor es un padre; y que yo lo fuí tuyo.

Ans. Tiene vm. razon. Llene vm. de angustias mi casa: calumnie vm. á su muger con mi esposo débil: emponzoñe su alma con malos consejos: sea vm. siempre su mentor, y mi persecucion... Ha sido vm. mi tutor, y es fuerza aguantar.

A Don Narciso.

¡Pero tú! ¿cómo tienes valor de ayudar á mis enemigos? ¡Quién me lo hubiera dicho! ¿ni qué piedad tendrás de mi hija, quando léjos de lastimarte de las desgracias de su madre, sirves tan vilmente á los autores de mi dolor amargo? Todos pensabais que estaba ahora en mi casa: pero la mortal conturbacion que se apoderó de mi alma, dixo á mi corazon: *no te engañas...* ¿Qué dices? ¿No te confundes? ¿No te traga la tierra?

Con dignidad.

Narc. No, señora... Quando vm. está ya por otro respondida, debo yo callar: arrebáteme vm. el único bien de mi corazon: llene vm. mi vida de amargura; pero ninguno creerá que yo la he ven-

dido en el momento feliz en que iba á obtener lo que mas adoro.

Ans. Bien está: pero no cuentes con la mano de Eugenia.

A Don Narciso.

Eug. ¡Buenos estamos! Tú haces mal, y yo lo pago.

Don Narciso, Don Juan, y Don Guillelmo la prometen por señas que no será así.

A Gervasio.

Ans. ¡Y tú, viejo taimado! ¡traidor! ¿has consentido en prestar tu casa?

Gerv. ¿Tambien me acusa vm.?

Ans. Sí: mas que á otro. ¡Ya conozco quien eres! ¡Buen papel! El amo y el criado se entienden: ¡qué servicios tan dignos de un hombre de bien!

Gerv. Señora... ¿con qué derecho puede vm. llenarme de oprobio y de ignominia?...

A Don Juan.

¡Ay señor! muy caros son los beneficios de vm., si los he de pagar á tanta costa. Dos veces en un mismo dia, la señora nos ha cogido para víctimas de su injusta rabia. Basta.. Ven, hija mia, ven á qualquier parte con tu padre: á una cueva: vi-

vamos siempre pobres, pero honrados.

Ans. Viejo sentencioso é imprudente, ¿quieres con esa mónita desmentir la evidencia? ¿quieres que mientan mis ojos? Y por último, ¿no he cogido el fraude en tu casa?

Gerv. ¿Y no puede estar esta señorita en mi casa sin delito?

Clem. Señora, no haga vm. mayor la desgracia que me oprime. He dexado el lugar de mi nacimiento donde pasaba mi triste vida, por venir á implorar socorros generosos, y en vez de caridad, encuentro...

Ans. ¿Pues quién es vm.?

Clem. Señora, lo ignoro... Lo que sé de mi infausta suerte es, que ha sido ménos rigorosa por los cuidados del señor Don Juan.

Ans. ¡Qué edad tiene vm.?

Clem. Diez y ocho años.

Ans. ¿Cómo se llama vm.?

Clem. Clemencia... Yo esperaba mi dicha, y veo que mis desgracias comienzan de nuevo: pues apénas he llegado á ver á mi protector, veo que traigo la discordia á su casa.

A su marido.

Ans. ¿Con que hace diez y ocho años que cuidas de esa niña?

Con sequedad.

Juan. Sí...

Ans. ¿Sin duda conocerás su familia?

Juan. Sí...

Ans. ¿No puedo saber quién es?

Juan. No.

Ans. ¿Tal secreto?...

Juan. No es mio el secreto.

Ans. Eres muy prudente.

Juan. Debo serlo á lo ménos.

Ans. ¿Pues de quién es ese misterio tan grande?

Juan. De Clemencia sola.

Clem. ¡Señor! ¿por qué lo calla vm.?... Si esto puede serenar...

Con dulzura.

Juan. ¡Calla, inocente!

Ans. Si Clemencia lo quiere decir, ¿qué reparo tienes?

Juan. La razon lo prohibe.

Ans. ¿Qué suerte destinas á esta señorita?

Juan. La suerte mas feliz y mas digna de ella.

Con cachaza.

Ans. ¿Pues por qué no la llevas á casa? ¿ó ese partido está tambien prohibido por la razon?

Juan. Es imposible.

Ans. ¿Es imposible?... ¡Ah! ¡traidor!

Con viveza y depriesa.

Mira como te he sabido traer al punto de que tú querias huir: así das á conocer el proyecto odioso de tu corazon corrompido: no, no hubiéras podido executarlo en mi casa: todos hubierais tenido miedo á mi prespicaz vista, y á mi justa venganza. En efecto, era mas cómodo y mas seguro buscar en Madrid un asilo poco conocido, que á lo ménos por largo tiempo me ocultase tu incauta víctima. Es muy sensible para tí, que la casualidad me envie á tiempo para desbaratar tus planes, y quebrar el hilo de esta novela.

A Clemencia.

Pero sin recibir á vm. en el seno de mi familia, no dexaré de prestarla el mayor cuidado.

Juan. ¡Qué dices!

Ans. Te digo, que ántes de poco tiempo te arrebato el objeto de tu delinqüente fuego: que para proporcionarla una cárcel, vendrá la ley en

mi socorro: no: no la salvarás de la vista vigilante de la justicia: y quando tu heroína haya tenido la suerte que merece, pediré que se disuelvan los lazos que me unen á tu persona.

Clem. ¡Dios mio! ¿Me tenias destinadas estas afrentas?

Juan. ¿Amenazas perder á esa infeliz? Pues mira: ese proyecto, hijo de un corazon de hiel, no puede tener execucion.

A Clemencia.

Ven Clemencia, no temas que nadie te arranque de mis brazos. Nadie sabrá por ahora el nombre de tu familia, y quando yo quiera que se sepa, tus mayores enemigos cederán delante de tí... ¿Y qué? ¿hemos de acudir á un tribunal para separarnos? Mi corazon quiere sin remedio el divorcio; por ese feliz divorcio suspiro sin que la ley me fuerce: pero si uno de nosotros dos tiene derecho á implorar el auxîlio del Magistrado para desatar un lazo, que ha sido el azote de mis dias, soy yo solo el que le tengo, y no la zelosa furia que pagó mis beneficios con tanta barbarie... ¡Qué horrendo espectáculo se ofrece á mi vista en este lugar! Todos los corazones despedazados; todos los ojos bañados en lágrimas: los

parientes, los amigos, los criados, y el amo de la casa en rededor tuyo: ¡cruel! no hay un solo viviente, que no haya experimentado los golpes de tu furor... Solo te quedaba un amigo: ese era tu esposo: mas quién en el mundo de nadie tuvo piedad, merece al fin que el mundo la abandone. No hay remedio: está hecho: no te canses mas en convertirme de esta firme resolucion. Ya te acordarás que te lo dixe.

Echando á llorar.

Eug. Madre de mi corazon; ¿qué hace vm.?

A Eugenia.

Juan. Ven, hija mia, y sigue á tu padre.

Aparte á Don Juan.

Guill. Bueno... Vámonos al instante, si quieres que esta crisis obre.

Don Juan, yéndose con Clemencia y los demas, se vuelve con sensibilidad hácia su muger. Don Guillelmo le obliga á irse pronto. Doña Anselma no tiene al rededor de sí mas que á Gervasio, Justina y Jacinto, que quedan como admirados. Ella misma absorta, y guardando un profundo silencio, se queda algun tiempo con los brazos cruzados, y la cabeza inclinada sobre el pecho izquierdo: despues levanta la cabeza, vuelve con languidez los ojos hácia el cielo, dexa descansar la frente sobre sus dos manos juntas, y sale, á pasos lentos, sin decir palabra; pero denotando en su accion la mayor desesperacion.

Gervasio, Justina, y Jacinto vanse con ella.

ACTO QUINTO.

La escena es en casa de Don Guillelmo. El teatro representa un salon con su gabinete, con diferentes puertas laterales, que caen al interior como al exterior de la casa. A la izquierda del espectáculo hay una gran mesa en forma de escritorio, con dos velas encendidas y recado de escribir. Don Guillelmo está sentado á la mesa en una silla poltrona, con la pluma en la mano. Don Juan sentado en otra silla enfrente, en una actitud dolorosa, con una mano sobre la frente, y la otra mano entre las dos de Don Narciso, el qual está de pie cerca de él. Eugenia, no léjos de allí, y al mismo lado, con Clemencia, á quien consuela. Tal es el espectáculo, que debe ofrecer la escena al levantarse el telon.

SCENA PRIMERA.

Don Guillelmo, Don Juan, Don Narciso, Eugenia y Clemencia en las actitudes dichas.

Guill. Vamos: ¿quieres guardar un eterno silencio?

Juan. ¡Ay! que mi corazon está despedazado... No, no escribas; no puedo consentirlo.

Guill. ¿Cómo te desmientes tan pronto? Si yo hubiera creído que á tu valor habia de seguir la mas pequeña sombra de semejante repugnancia, y que yo el mas fervoroso, el mejor de tus amigos me habia de hallar comprometido vilmente, puedes estar seguro que léjos de compadecer tu suerte, te hubiera abandonado á ella sin lástima.

Juan. ¡Amigo tierno y cruel! me arrancas el alma. Tú no conoces el corazon de mi esposa: no penetras que sola y sin socorro, es capaz... ¡ay Dios! de quitarse la vida.

Con emocion.

Narc. Yo iré, si vm. quiere.

Con aspereza.

Guill. No es menester.

Llorando.

Eug. No, no; yo iré.

Guill. ¡Otro emisario! Vosotros sois unos niños: llorad en buen hora; pero apartaos de aquí.... ¿Temes, Don Juan, que se quite la vida?... Además de que su delirio no es de esa clase: ¿no conoces que su conducta tiene por objeto

el vivir, y el vivir á su antojo? En fin, yo creo que este es el único remedio de componerlo todo... ¿Y qué has hecho hasta aquí? meter ruido: ¿no es eso? ¿Y qué es el ruido?.... nada... Mira: si su alma está intimidada, has de saber que un paso mas decisivo, aumentando su temor, va á volverte para siempre tus derechos usurpados, y tu reposo.

Juan. Lo que me mata, Don Guillelmo, es que aunque por apariencia, ella tiene razon.

Con ironía.

Guill. Sin duda; y el universo entero creerá que has traído de Ciudad Real el objeto de tus amores.

Juan. No por cierto; pero nosotros debémos descubrirle.

Guill. No es tiempo. ¿Quieres destruir lo poco que ha hecho por tí mi ciega amistad? Pues mira... vé... corre á implorar la piedad de tu tirana: dila de rodillas... Soy un estúpido, que pone su cabeza baxo el yugo mas servil: he nacido para arrastrar por la tierra: he podido por un instante escaparme de los grillos; pero conozco que no soy capaz de tan noble esfuerzo: los consejos de mi generoso amigo me iban á hacer

feliz; pero yo lo abandono á tu ódio implacable: castiga á Don Guillelmo; dame mis cadenas... Anda, Don Juan, haz así las paces.

Llorando.

Juan. Basta, amigo, no me quites la vida.

Guill. ¿No sabes que esos lloros son armas débiles de mugeres y de niños?... Sé hombre.

Juan. ¡Ah! No me avergüenzo de estas lágrimas que tú has sabido sacar á un corazon sensible, conduciéndole á la verdad amarga... ¡Escribe!

Guill. Vamos allá.

Con inquietud.

Juan. ¡Amigo!

Guill. ¿Qué es eso?

Dudando.

Juan. Mira que la carta... no sea dura.

Acalorado.

Guill. ¡Habrá necedad! ¿Me quieres dexar que escriba con mi estilo?

Juan. Perdona, pues.

Don Guillelmo se pone á escribir.

Dudando despues de una pausa.

No la amenazarás de un abandono absoluto: ¿no?

Guill. ¡Maldita sea mi fortuna!

Muy impaciente.

¿Quieres dictar la carta? ¿Dí?

Juan. No: pero acuérdala solamente que yo la amo: que se haga cargo... y que...

En cólera.

Guill. ¿Quándo acabas de hablar?

Juan. Todo te lo he dicho.

Poniéndose á escribir.

Guill. ¡Albricias!.... Viva la virtud.... Ya está hecho.

Juan. ¡Bueno! Veamos.

Guill. ¿El qué?

Juan. ¿No vas á leer?

Doblando la carta, y poniéndola el sobre.

Guill. No por cierto... ¿Acaso es para tí?

Juan. No: pero...

Guill. Es para tu muger; y no debes ver lo que ella tiene que saber primero que tú... ¡Narciso! Llama á un criado, que lleve esta carta... ¡Ah! ¡bueno! Aquí está Gervasio, que la llevará.

SCENA II.

Los dichos y Gervasio.

Gerv. Con mucho gusto, señor.

Juan. ¡Cómo! has podido dexar á tu ama sola, y en el lastimoso estado...

Gerv. No, señor, sola no: que Jacinto y Justina han ido de suyo á su casa... Fie vm. del zelo de ambos.

Con un profundo suspiro.

Juan. ¡Ay! ¡me consuelas! ¿Qué ha dicho?... ¿Si habrá prorrumpido como acostumbra?

Gerv. No señor... ninguna rabia: ántes al contrario, mucho abatimiento; un silencio profundo: los ojos se le arrasaban de agua, los levantaba al cielo, y...

Guill. Eso nada importa... Toma esa carta... es para tu ama: atiende, que urge mucho.

Tomando la carta.

Gerv. Voy al punto.

Guill. Espera... Cuidado no le digas que aquí está tu amo. Si te pregunta por él, dila que estoy yo solo, y que no lo sabes... Si no lo haces así, la pierdes, y pierdes á Don Juan.

Gerv. Descuide vm.

Guill. Vé pronto, y vuelve al instante.

Vase Gervasio.

SCENA III.

Los dichos, ménos Gervasio.

Guill. Esto se ha hecho ya demasiado sério. Todos conturbados, gimiendo cada uno por su parte: sí señores; he de acabar con este infierno ántes de una hora: pero silencio, y que ninguno desbarate mi plan.

Eug. ¿Yo? enhorabuena: con tal que se me vuelva á mi madre, yo callaré.

Clem. ¡Y yo! ¡pobre de mí! ¡que soy para vm. tan peligrosa, mi querido protector! ¿Obtendré un beneficio de su corazon?... El último... lo pido de rodillas.

Juan. Levanta, Clemencia, y habla sin temor.

Clem. ¡Ay señor! Yo no creí que mi venida pudiese traer á vm. la desgracia que me acompaña. Apénas llego, quando es vm. perseguido. Estoy expuesta al mas insufrible bochorno: la injusticia nos supone de acuerdo en un delito horroroso: ¡yo me creía bien agena de suscitar ze-

los injustos! He podido aguantar la afrenta, porque mi alma está inocente. Pero confieso que el peligro me espanta, que la horrible cárcel con que se me amenaza, ha helado mi corazon.

Enternecido.

Juan. ¿Crees que yo te he de abandonar?

Clem. No creo tal: pero no aflija vm. á nadie. Sálveme vm. del horror de un encierro; y ábrase para mí solamente una de esas santas moradas, donde reyna con la virtud la paz y la inocencia. Muchos derechos tiene vm. á mi gratitud: pero si obtengo esta gracia de ese corazon compasivo, será para mí la mas grande. ¡Digno protector! perfeccione vm. su obra: contente á su esposa: líbreme del ultrage; y acabe vm. las sospechas crueles, encadenando esta mano á los altares.

Muy conmovido.

Juan. ¡No, no!... Nunca.

Llorando.

Clem. El claustro sea mi único asilo, pues del mundo entero mi nacimiento me destierra.

Con dolor.

Juan. ¡Tu nacimiento!... ¿qué dices?

Enternecida.

Clem. Disimule vm.... No hablaré mas de eso.... Hasta ahora he hecho vanos esfuerzos para conocer el autor que me ha dado la vida. Todos callan... ya he perdido la esperanza de saberlo: sepúlteme vm. en qualquier lugar humilde, donde sin que nadie me vea, llore yo para siempre la hora en que ví la luz: y si vm. conoce quién me ha dado el sér, conduzca á esta infeliz á los pies de su ignorado padre; y si mi castigo es el de vivir para padecer, tengo yo al ménos el consuelo de padecer, sí; pero con la consoladora bendicion de un padre...

A Don Guillelmo.

Juan. ¡Ay Dios! se me salta el corazon hácia ella... Voy á declararme.

Guill. ¡Por qué te violentas! ¡qué temes! ¿Hay un interés mas grande? Obedece á tu corazon, llámala como debes.

Juan. Tienes razon: este es el momento mas feliz de mi vida. Vuela, Clemencia, á los brazos de tu padre.

Clem. ¡Qué oigo!

Juan. ¡Objeto de tantas inquietudes! ¡Tú pedias

un padre! aquí lo tienes... Recibe el amoroso nombre que mereces.

Clem. ¿Soy de vm. hija?

Juan. Sí, mi pobre Clemencia. Sí: tu padre es quien te abraza... tú haces hoy mi dicha.

Clem. Padre de mi corazon: la mia está ya asegurada para siempre.

Con el mayor abandono.

¡Dios mio! perdóname... Yo habia desconfiado de tu providencia.

Juan. ¡Ay Clemencia mia! ya eras desgraciada ántes de nacer. La ley dura de la necesidad me forzó á separarte de mí diez y ocho años enteros. Confiada, al nacer, á los cuidados de una extraña, no has sabido lo que son las caricias de un padre. ¡Hija mia! tu suerte ha sido dolorosa por mucho tiempo; pero cree que mas he padecido yo. Tu madre, apreciable objeto de mis primeros amores, perdió la vida dándotela á tí. Yo me uní luego á una segunda esposa; y por acomodarme á su genial zeloso, cubrí tu exîstencia con un impenetrable velo. Figúrate, si puedes, lo que he padecido: pero ya cesan tus males y los mios. Hija mia, bien ha pagado mi

dulzura su tributo al amor: es justo que la naturaleza recobre sus derechos.

Clem. Mi corazon bien me dice; que en efecto hay ese grito de la naturaleza, ese secreto instinto, que pronto á inflamarse nos indica el objeto de nuestro cariño. Rica con los beneficios de vm., en el seno de mi soledad, ignoraba sus motivos; pero una secreta voz que en vano rehusaba oir, me preguntaba continuamente: ¿si los deberás á quien te dió el sér?

Eug. ¡Es muy singular eso!

A Clemencia.

Luego que te ví, Clemencia, tu misma voz me fué tan agradable, y tocó tanto en mi corazon, que no te pude abrazar sino como á hermana.

Clem. Los lazos mas sagrados nos unen: un buen padre, una tierna hermana. ¿Pero tendrémos el consuelo de vivir juntos? La acogida de una esposa delicada me hace temblar... Ocúlteme vm. á sus zelosas miradas, por no verla armada contra el hombre mas bueno á quien debo mi vida.

Juan. No aflijas mas á tu padre... Tu dicha está en mi mano.... Un hombre lleno de honor y virtud...

Guill. Todos deben ser así.

Juan. Digno dueño de una pingüe hacienda...

Guill. Con mas de lo que necesita para vivir; pero cuyo sobrante es para los que no tienen nada.

Juan. Que está en el vigor de su edad, lleno de salud.

Guill. Porque ha sabido vivir.

Juan. Seco, y severo.

Guill. Duro muchas veces.

Juan. Sí; pero con corazon sensible y puro.

Clem. ¿Le conozco yo?

En voz baxa á Don Guillelmo.

Juan. Ahora habla tú.

Guill. Señorita: ese hombre ha visto á vm., y se ha prendado de su mérito por sus desgracias: mi amigo ha hecho de él un retrato muy favorable; pero yo voy á decirla con exâctitud lo que debo. Ese hombre de que se trata, es muy franco: tendrá para su esposa mil defectos enormes, porque siempre desdeñó las etiquetas y ridiculeces de la corte: es grave, nunca adula, ama de buena fé: el primero de sus gustos es el de andar solo y libre, y por eso no se casó nunca, ni se casaría á no haber conocido á vm.:

mas cuidado, que la dará su mano sin mudar de sistema; pero á lo ménos no será zeloso.

Clem. El retrato que vm. me hace de ese sugeto, me dispone mucho en su favor; y por lo que ha dicho mi padre, conozco que es y será su mejor amigo.

Juan. No te engañas; es mi querido Don Guillelmo.

Clem. Mi corazon acostumbrado desde la cuna á obedecer, tambien ahora obedecerá gustoso.

Con alegría.

Juan. Ya lo oyes, amigo.

A Don Juan.

Guill. No sé qué responder.

A Clemencia.

La bondad de vm. me confunde...

Con viveza.

Vamos, yo no entiendo esas gergas almivaradas de otros: pero digo á vm., que me creo feliz con su mano.

Recibiendo su mano.

Clem. Acepto tan buen vaticinio...

Eug. ¡Qué alegría! Tú serás á un tiempo mi tia y mi hermana. Mira, pues, aquí tienes á tu sobrino, que será mi marido.

Guill. Ya sabes, Narciso, quánto te he querido siempre: tu fortuna corre de mi cuenta.

Narc. Mucha fortuna era ya para mí su amistad. La felicidad espera á vm. en el mas solemne de los vínculos, y en lugar de una fortuna ahora tengo dos.

Eug. ¡Piensas bien, amigo mio! Siento que mi amor sea ménos de lo que tú mereces.

SCENA IV.

Los dichos y Gervasio.

Llega cansado y confuso.

Gerv. ¡Ay señor! ¿qué ha escrito vm. á mi ama?

Guill. Lo que debia.

Gerv. Para llenar su corazon de amargura. ¡Si vm. supiese qué pesadumbre tiene! ¡en qué estado!...

Juan. Dí... ¿qué te ha respondido?

Gerv. ¿Quién responde quando se abandona al dolor? ¡Se separa para siempre! dixo: ya no tengo en el mundo nada... ha echado á llorar á mares.

Guill. ¿Ha llorado? mejor.

Juan. ¿Y la has dexado así?

Gerv. Quasi sin sentido.

Juan. ¡Ay Dios mio!

Gerv. Vaya vm., señor. Mire vm. que si dura su ausencia, se muere sin remedio.

En ademan de irse.

Juan. Vamos corriendo.

Guill. ¡Detente! No te apresures, que no tardará un instante en venir aquí.

Gerv. Si se está muriendo.

Guill. No hay que temer: ella vendrá.

SCENA V.

Los dichos y Jacinto corriendo.

Jac. ¡Ay señor! ¿Quiere vm. ver á mi ama, ó no?

Juan. ¡Qué oigo! ¿Se muere?

Jac. No, señor: si viene detras de mí; Justina la acompaña: pero yo me he adelantado á decirlo por si convenía.

Guill. No perdamos tiempo. Esta es la hora preciosa que ha de vencer su corazon inflexîble: un momento se necesita para sanarla. Vengan vms, á este lugar. Don Juan, calla: respeta lo que se hable, no pienses mas que en el efecto que de-

bes esperar: si dices una palabra, destruyes tu felicidad para siempre.

Se dan la mano.

Juan. Te doy palabra de honor.

Guill. Estoy contento... Silencio.

Todos entran en el gabinete.

SCENA VI.

Don Guillelmo un momento solo: despues salen Doña Anselma y Justina: los demas permanecen en el gabinete.

Poniéndose á la mesa del escritorio.

Guill. Vamos: tomémos aliento, y perfeccionémos esta obra con la prudencia debida. Unamos la piedad á la severa razon, y conservémos el amor, sirviendo á la amistad.

Con una carta en la mano muy conmovida.

Ans. ¡Ay señor! ¿Ha podido permitir el corazon de vm. el que se trace y efectúe la órden horrorosa que contiene esta carta?...

Lee.

"Tu marido te pide, que me envies todo lo que

»es suyo; puesto que no volverá jamas á vivir »en una casa y en un pueblo, que tú le fuer»zas á que abandone para siempre."

Representa.

¿Ha dictado mi esposo este decreto fulminante?

Guill. Nada tiene de admirar ese decreto. Tu esposo busca su bien, y á tí te toca obedecer quando la piedad lo manda.

Ans. ¿Con que quiere, sin remedio, separarse de mí?

Guill. No quiere andar por justicia, implorando en público tribunal la proteccion de la ley con que tú le has amenazado, y sin lo qual nunca hubiera renunciado á tu persona: ¡y qué hablas de decreto!... Si tú misma lo has pronunciado, ¿de qué te quejas?

Ans. Mi delito es perdonable; y yo con nadie he de pegar sino con vm., si mi marido me abandona.

Con viveza.

¡Señor! pronto: ¿me dice vm. dónde está Don Juan?

Guill. Búscalo por mi casa: no será la primera vez que la has visitado toda.

Amargamente.

Ans. Yo no tenia la culpa.

Guill. Y mucha culpa... Esa es una accion que unida á tus inaguantables sospechas, hirió mi honor: pero dexémos esto... Ahora crees, que si no está en mi casa, á lo ménos yo sabré....

Con autoridad, y siempre muy conmovida.

Ans. Si no lo sabe vm., ¿quién lo sabrá? ¡pronto! Venga mi esposo.

Guill. Ya te entiendo: quieres decir: venga mi víctima... pues no... ha tomado ya el partido que debe: todo esclavo tiene derecho á recobrar su libertad: tu marido es libre... Acuérdate de diez y seis años que ha vivido en el funesto estado en que le hemos visto todos, en que respetando los grillos forjados por su amigo, ha sido mártir, sin decir palabra: haz tú ahora lo mismo: compensa tus presentes males con sus pasados suplicios, sufre con resignacion; y dí solamente: bien lo he merecido.

En el colmo de la desesperacion.

Ans. ¡Sufrir con resignacion! ¡Ay! Estoy fuera de mí. ¡Señor Don Guillelmo! si vm. piensa en fa-

vorecer á mi enemiga, mejor para mí: mil apoyos generosos apadrinarán mi justicia. Millares de esposas acudirán al tribunal de la ley, y levantarán el grito en favor de la esposa oprimida: están interesadas en mi suerte todas las familias: yo tendré á mi favor las hijas y las madres; y seréis confundidos...

Con viveza.

Just. ¡Señora, por Dios! Sosiéguese vm, No traía vm. esos ánimos.

Guill. Mas valiera... Esa soberbia me quita para siempre la esperanza de que te enmiendes. Renuncia á Don Juan para siempre... No le verás mas en tu vida.

Ans. ¡Ay cielos!...

Con grito.

Don Guillelmo, por Dios que no me dé vm. mas que sentir. Bien dice Justina, que mi ánimo era otro. Sí, mi ánimo era acabar de abjurar mi loca manía... No sé qué me ha vuelto á enfurecer. Don Guillelmo: en vez de una muger extraviada y orgullosa, lleve vm. á los pies de su marido, esta esposa rendida, enamorada y humilde, que le pedirá un perdon generoso. ¿Cómo he de

ablandar su justa íra, ¡ay de mí! sino ha de verme, ni oirme mas?

Guill. Tu corazon es para tí misma un enigma incomprehensible: mas no es de admirar, pues tal es la suerte de los zelosos, que tan pronto aman, como aborrecen. Ahora Don Juan que te conoce, ¿creerá que en un momento has mudado de conducta para siempre?

Ans. Sin duda no lo creerá... pero señor, que haga la prueba todo el tiempo que quiera: mis indiscretas sospechas no envenenarán mas sus dias ni los mios. Guarde enhorabuena el secreto de Clemencia: nada le preguntaré jamás, con tal que se apacigüe. Si falto á mis juramentos, si mi corazon llega á desmentirse un dia, que me abandone entónces... no me quejaré mas.

Guill. Buenos son esos remordimientos: ¿pero no sabes quál es la mayor de tus culpas?

Con asombro.

Ans. ¿Quál es?

Guill. Esa forastera, tan hermosa como prudente, tan ultrajada por tí á nuestra presencia, que pasó los primeros diez y ocho años de su vida en Ciudad Real: que nunca debió estár léjos de su

vista: que hasta aquí ignoró quiénes la diéron el sér, ¿sabes tú quién es?

Ans. ¡Don Guillelmo! me estremezco.

Guill. Pues es su hija.

Ans. ¡Su hija!

Guill. Sí: fruto de su primer matrimonio.

Ans. ¡Ya era viudo y padre, y yo lo ignoraba!

Guill. Sí: ántes de conocerte, fué esposo de otra. ¿Y si te lo hubiera dicho, le habrias dado tu mano? Ahora calcúla lo que por tí ha sufrido: fué desgraciado padre, y desgraciado esposo: víctima entregada á tu inaguantable tiranía. Su hija ha estado diez y ocho años desterrada: una casualidad la trae: teme con razon, que de un momento á otro aparezca en tu casa. Reparte igualmente su discreta ternura entre tí y ella: la busca, léjos de tus furores, un asilo honesto: tu genio suspicaz la descubre: al instante la preparas una obscura cárcel... Anda, anda muger injusta: acude á los tribunales... anda; pero sabe que su cárcel está aquí... Clemencia es mi esposa.

Abatida y muy confusa.

Ans. ¡Clemencia! ¡es su hija! ¡y esposa de vm.! ¡Ay de mi! ¡qué objeto de exêcracion no debo

yo ser á sus ojos! Ya pierdo las esperanzas: ni con mi vida puedo pagar mi delito: bien merecido tengo su entero abandono: conozco que ni aun me asiste derecho para implorar la misericordia: pierdo toda esperanza: todo lo pierdo... cúmplase mi fatal destino... voy por siempre á llorar al retiro y á la obscuridad...

En ademan de irse.

Ya no soy digna....

Desde dentro, con un grito de ternura.

Juan. ¡Basta, basta!

Que se iba tristemente, vuelve sobre sus pasos con ímpetu.

Ans. ¡Ay Dios mio! él es: esa es su voz... ¡Esposo! ¡que yo te vea, aunque sea por la última vez!

D. Guillelmo abre el gabinete, sale Don Juan, su muger se precipita á sus pies, y le dice:

¡Ay! Esposo, quítame esta vida.

La levanta.

Juan. No á mis pies, y sí en mis brazos debe descansar mi esposa: levanta.

Ans. ¡Dulce esposo!

Abraza á Clemencia.

Perdóname te pido... ¡Yo iba á perseguir la virtud de esta inocente, y añadir la infamia á sus desgracias!

Juan. Cesen tus pesares... Sosiégate, amiga.

Ans. No: jamas podré purgar tantos excesos de mi locura.

Juan. Todos están olvidados, si tú quieres ser feliz: todos nuestros corazones están unidos; y yo vengado.

Ans. ¡Amado esposo! aquí tienes esta esposa corregida: esta esposa enamorada de tí, que en su ciego furor sembró por tantos años la discordia y el espanto en su familia: esta muger que no ha experimentado mas venganza que benignidad é indulgencia... ¡Ah!... si esta terrible leccion no enmienda mi conducta, mereceré tu rigor: abandóname entónces para siempre.

Juan. Me haces dichoso... Tú lo serás con la constancia de tus promesas... Y á tí el mas prudente, y el mejor de los amigos, ¡quánto te debo!

Guill. Te lo ofrecí. Tu muger gana un triunfo algo pronto sobre su corazon... pero seguro, y que debémos creerlo.

Ans. Creedlo... En este dia me he visto en riesgo de que me abandonára para siempre la naturaleza y el amor: baste...

A Clemencia.

Y tú, ven, ven; dígnate ser hija de esta tierna madre.

Abrazándola.

Clem. ¡Ay madre! ¡ay padre! Yo olvido los pesares que me han afligido toda mi vida, al verlos recompensados con tan insignes beneficios.

Toma la mano de su marido, y dice á Don Guillelmo.

Ans. Aquí tiene vm. su obra...

Dando á Don Guillelmo la mano de Clemencia.

Y aquí su digna recompensa.

Coge despues la mano de Eugenia, que da á Don Narciso diciéndole:

Narciso: hé aquí tu premio.

Narc. ¡Qué contento! ¡Cielos!

Ans. Sí; quien piensa como tú, no es virtuoso á medias: quando yo te instaba porque vendieras á tu amigo, mas quisiste perder á tu adorada

Eugenia... Sí, únete á ella con el lazo mas solemne.

A Eugenia.

Y tú, hija mia, amándole, estima á tu esposo; acuérdate de tu madre, y maldice conmigo los infernales zelos.

Eug. ¡Querida madre! ¡quánto debo á vm.! pero si sus zelos se hallan corregidos, no son como se dice, un mal incurable.

A Don Narciso.

Y si los tengo... ya ves... me enmendaré.

Juan. Basta... Mis hijas y sus esposos vivirán conmigo: hagan el amor y la amistad la union de dos familias.

A su muger.

¡Y tú!... ¡tú! cuyo corazon está ya convertido para siempre: ¡alma querida! dí por experiencia á todos los que te están oyendo: no hay dicha en el matrimonio si falta el amor y la confianza.

FIN.



